

VR vida religiosa

OCTUBRE 2024 | Nº 8 vol. 137



NOVEDAD

PALABRA, SACRAMENTO, CARISMA

Riesgos y oportunidades de una Iglesia sinodal

CARD. MARC OUELLET. P.V.P.: 14 euros



¿Qué le depara el futuro a una Iglesia sinodal?
¿Conversión misionera o confusión? Estas preguntas agitan los espíritus.

Por eso, estamos ocupados y preocupados en reformar esta Iglesia según las necesidades de los tiempos, las críticas de los adversarios y nuestros propios modelos, pero, como escribió Von Balthasar: «¿No estaremos perdiendo de vista el único modelo perfecto, el arquetipo? ¿No deberíamos, en nuestras reformas, mantener constantemente la mirada fija en María, para conocer nosotros mismos lo que son realmente la Iglesia, el espíritu eclesial, el comportamiento eclesial?».

PALABRA Y VIDA 2025

El Evangelio comentado cada día

JESÚS SÁNCHEZ ADALID. P.V.P.: 2,20 euros

Palabra y Vida 2025 nos invita a hacer de la Palabra de Dios el motor de nuestra renovación espiritual.

El sacerdote **Jesús Sánchez Adalid**, conocido escritor de novela histórica, acompaña este año con sus comentarios y oraciones el Evangelio de cada día.



 **PUBLICACIONES
CLARETIANAS**

Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º 28008 Madrid

Pedidos: Tlf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

ES TIEMPO DE COSECHA

Entre la aparición del primer número de *Vida Religiosa* el 1 de enero de 1944 y el de la revista *Hola* el 8 de septiembre del mismo año median solo ocho meses. Ambas publicaciones están celebrando su 80 aniversario. La revista *Hola*, difundida por medio mundo a través de sus múltiples ediciones en varias lenguas, se ocupa de los famosos. *Vida Religiosa* se ocupa de los que casi nunca aparecen en primer plano y de las personas consagradas que se dedican a caminar con ellos. Nos sentimos contentos de ser una revista periférica.

En este número de octubre incluimos una separata dedicada a recordar las ocho décadas de nuestra publicación. Hemos seleccionado ocho portadas que constituyen un recorrido visual por ese lapso de tiempo. De un vistazo se puede comprobar la evolución. Contamos también con el testimonio de los cuatro directores que todavía viven. Con ellos hemos reconstruido el servicio que la revista ha prestado a la vida consagrada en todas sus formas durante el período posconciliar. Esperamos seguir haciéndolo durante mucho más tiempo. Nos atrae y nos desafía la idea de acompañar este delicado momento de la vida consagrada con una palabra

creyente (que nace de la fe en el Dios que guía la historia), *lúcida* (que abre los ojos sin miedo a la realidad que estamos viviendo) y *esperanzada* (que se deja interpelar y consolar por el Espíritu que nos abre al futuro).

Mientras en el hemisferio norte estamos dando los primeros pasos del nuevo curso académico y pastoral, en el otro extremo del mundo siguen saboreando los frutos de la reciente visita apostólica del papa Francisco. Tanto en el encuentro con los consagrados en Yakarta (Indonesia) como en Dili (Timor Oriental), el papa Francisco repitió un dicho de su abuela que sirve para los consagrados de todo el mundo: “El diablo siempre entra por los bolsillos”. El artículo de un misionero que vive en Timor Oriental y que fue testigo de ese encuentro nos ofrece más detalles en este número de octubre.

¿No tendremos que preguntarnos una vez más qué significa el voto de pobreza evangélica en el contexto de las sociedades opulentas? La multisecular historia de la vida consagrada muestra con escandalosa claridad que el declive de esta forma de vida cristiana casi siempre ha estado asociado a la acumulación y al excesivo bienestar, mientras que su lozanía y credibilidad han

pasado por la vía de la pobreza y la solidaridad. Es una constante que debiera abrirnos los ojos a la hora de repensar qué nos está pasando hoy y cómo podemos afrontar el futuro. El mismo Francisco nos ofrece una clara orientación: “Sabemos bien que en el corazón de Cristo las periferias de la existencia se encuentran en el centro. El Evangelio está poblado de personas que se hallan en los márgenes, en los confines, pero que son convocadas por Jesús y se vuelven protagonistas de la esperanza que Él nos vino a traer”. Estar cerca de estas personas marginales nos ayudará sin duda a recorrer el mismo camino de Jesús.

Del 2 al 27 de octubre se está desarrollando en Roma la segunda sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Son varios los consagrados y consagradas que participan en ella en calidad de miembros, invitados especiales o colaboradores. En el proceso de discernimiento sinodal pueden aportar la singular experiencia de sinodalidad que la vida consagrada ha ido madurando a lo largo de los siglos. Tras un largo

proceso de consulta al pueblo de Dios (fase 1) y de discernimiento de los pastores (fase 2), nos acercamos ya al momento de la implementación (fase 3). Los consagrados estamos llamados a superar las reticencias y temores y a apostar decididamente por esta manera de ser Iglesia, caminando junto con nuestros pastores y todos los miembros del pueblo de Dios. Desde la revista *Vida Religiosa* estaremos pendientes de las repercusiones que el Sínodo tendrá no solo para los consagrados, sino para toda la Iglesia. Y, en la medida de nuestras posibilidades, ofreceremos reflexiones y herramientas que nos ayuden a hacer realidad las orientaciones sinodales.

En el hemisferio norte octubre es un tiempo de cosecha y, por tanto, de acción de gracias. También nosotros queremos recoger los frutos de los 80 años de la revista, de la visita del papa Francisco a cuatro países del sureste asiático y de la sesión del Sínodo de los Obispos. Tenemos indicadores claros para seguir caminando con esperanza. **VR**

Nuestra portada

En el hemisferio norte el otoño se viste de hojas amarillentas y rojizas que parecen indicar la proximidad de la muerte, pero es una estación necesaria y hermosa en el ciclo de la vida. Algo caduco muere para que algo nuevo pueda nacer. El otoño es también tiempo de cosecha. Las hojas caen, pero muchos frutos se recogen. Solo la mirada larga nos permite entender lo que nos está pasando de verdad.





4

Historias menudas:

Roberto d'Aubrissel
Mariano José Sedano

5

Experiencias:

«Cristo vive entre rejas»
Carlos González



10

Senderos sinodales:

La comunidad sinodal
Jolanta Kafka

11

Reflexión:

«La vida religiosa hoy y su desafío de esperanza»
Jesús Díaz Sariego

20

Hablando en dialecto:

Friega las parrillas
Dolores Aleixandre

21

Retiro:

Vivir a pulso Pascual.
Transitando nuestra muerte y resurrección



María José Encina

29

Algo está brotando:

Aquí no hay prisa: se disfruta
Miguel Márquez

30

Entrevista a:

Luis Gonzalo Mateo, cmf
Rodolfo Morales

36

El altavoz:

Poner nombre a los migrantes
Silvia Rozas

37

Testimonio:

Nada nuevo bajo el sol naciente
Francisco Javier Baeza

40

Institutos de vida consagrada:

Misioneras claretianas:
Un instituto nuevo en la práctica
María Hortensia Muñoz

43

Actualidad:

«Fui forastero y me acogisteis»
Juan de Dios Carretero

47

Desde Oriente:

Curar la «sordera espiritual» a través de la literatura
Paulson Veliyanloor

48

Lectura recomendada:

Rino Fisichella:
El árbol de la ciencia
Gonzalo Fernández

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Adrián de Prado Postigo.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristo Rey García Paredes, Anthony Igbokwe, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Lourdes Perramon, Pedro M. Sarmiento.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Pixabay. Imprime: Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05

email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido). Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS



Roberto d'Aubrissel

Mariano Sedano

MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

Era cura e hijo de cura. Tenía mujer y había heredado, como algo natural, la parroquia del padre. Algo “normal” en tiempos de simonía y nicolaísmo en la Iglesia. Pero desde mediados del siglo XI soplaban vientos de reforma, buscando libertad. Acotar las cortapisas feudales y exigir el celibato serán sus expresiones. Roberto se contagia de este nuevo espíritu. Renuncia a la parroquia y abandona a su mujer. Se implica tanto en la reforma, que su obispo le confía renovar la diócesis entera. Lo hace con tal ahínco que, al morir éste, quienes sufrieron invectivas y correcciones de Roberto quieren acabar con él. El nuevo obispo lo aleja de la diócesis. Roberto siente la llamada a la austeridad radical. Elige la vía del desierto en la foresta. Vive en soledad, silencio, trabajo y oración. Crece su fama y le llueven los discípulos. Tantos, que hay que construir un monasterio para acogerlos.

El papa Urbano II, peregrino forzado por Francia, oye hablar de él y le lanza un nuevo reto: la predicación itinerante para la reforma. Ahí expresará todo su ardor, creatividad y originalidad. “Oigo decir que vas medio desnudo con un cilicio sobre tu cuerpo, una vieja capa agujereada, piernas semidesnudas, la barba descuidada y descalzo en medio de la multitud, ofreciendo a quien te ve

un espectáculo singular” Así le describe su obispo. Roberto invita a *seguir desnudos a Cristo desnudo*. Las fuentes hablan de ríos humanos que le siguen “vestidos de andrajos multicolores y la barba descuidada”.

La predicación de Roberto tiene especialmente éxito entre las mujeres. Pobres y nobles, viudas y vírgenes, ancianas y adolescentes y, sobre todo, prostitutas. Roberto acoge a todas y les abre caminos de esperanza. Vive día y noche entre su gente. Duermen junto a los caminos: varones a un lado y mujeres al otro. Y Roberto en medio. Todos se admiran de la castidad reinante en esta turbamulta. Pero la Iglesia pide encauzar este torrente impetuoso. Roberto obedece. Nace así Fontevrault (5 monasterios): uno para hombres, otro para vírgenes y viudas, otro para prostitutas conversas, otro para enfermos y el último para leprosos. Todos bajo la autoridad de una mujer. Roberto quiere que sea viuda, porque tendrá que gobernar a varones, que están, como Juan, al servicio de la Madre de Jesús. Roberto no goza de su obra. La muerte le pilló de camino, con la palabra en los labios, en 1116. Francisco, ciento diez años antes de Francisco. Y no es ni santo, mira tú. ¡Menuda historia! **VR**



Tras los muros de la prisión

«Cristo vive entre rejas»

El latir de un Padrenuestro suena lento en la celda de una cárcel. Entre el eco silente y la tenue luz que apenas entra por la ventana, la esperanza dilata los sueños de los internos. A veces, en lo profundo, tras la nostalgia que acompaña la condena, tan solo queda el abrazo. Y ahí persevera la Iglesia, siendo luz en el vacío que engendra la herida, encarnada en el corazón de Cristo, con las manos consagradas por amor.

Carlos González García
PERIODISTA Y ESCRITOR

Yo me encontré con Dios en la prisión y me cambió la vida. Tras ocho años y ocho meses de condena, aprendí a sentir su presencia, a buscarle cuando me sentía totalmente abandonada y a comprender que todo lleva un proceso”, me confiesa Raquel, mientras acaricia la pulsera telemática que le recuerda que aún le quedan cuatro años y diez meses para abrazar la ansiada libertad.

Es martes, faltan cuarenta minutos para las doce de la noche y los ojos de Raquel permanecen tan llenos de luz como el día que salió de prisión. Esta colombiana de 46 años ha trabajado como camarera demasiadas horas durante el día y, sin embargo, llega sonriente al Centro de Inserción Social Melchor Rodríguez de Alcalá, donde acude para dormir de lunes a jueves: “Estoy en semilibertad; es decir, en tercer grado penitenciario, lo que me permite seguir cumpliendo una pena privativa fuera de la cárcel”.

«Las religiosas me devolvieron la vida»

Hay errores que cuesta un mundo enmendar. Sin embargo, siempre hay sitio para el perdón. Máxime cuando el dolor del privado de libertad encuentra su consuelo en las manos de Jesús de Nazaret. “En la cárcel me sentí rechazada y, por qué no decirlo, hasta olvidada de Dios”, me cuenta, mientras permanezco a la espera de un predicado que infunda de valor ese primer y angustioso sentir... “Pero las visitas de las religiosas, tan llenas de amor, entrega y comprensión, me devolvieron la vida; gracias a su ayuda, fui abriendo los ojos, la mente y el corazón para que el Padre entrase en mí”.

Un latir enamorado que recuerda la incalculable labor de tantos voluntarios que se convierten en fuente de consuelo, escucha habitada y hogar de sana-

ción: “Las monjas que venían a verme me enseñaron a amar, a perdonarme y a vivir sin rencor”. Asimismo, continúa, con la voz acrisolada por una preciosa emoción, “me enseñaron a entender el dolor y la tristeza de mis semejantes”.

«La celda era mi santuario para hablar con Dios»

A medida que me dejo mecer por las palabras de Raquel, releo la frase que María de Cortes, hija de la caridad de san Vicente de Paul y voluntaria de prisión, me deja escrita en la primera hoja de la libreta: “En la cárcel ves el rostro de Cristo en el dolor vivo y encarnado”. La religiosa ha acompañado desde el principio a esta mujer empática y risueña que ama a Dios y sus hijos con toda su alma. Y lo recuerda sin miedo, consciente de que la cárcel le dejó una herida profunda en su pecho: “Viví momentos de angustia y desolación, con una depresión muy fuerte que me tuvo medicada ocho años, pero al restablecer mi contacto con Dios fui aprendiendo poco a poco que Él iluminaba mi camino y me protegía de esos momentos de desesperación”.

Tras describirme la dureza del lugar donde vivía, Raquel relata que “la celda era mi santuario de reflexión para hablar con Dios”. Y antes de que entre al CIS para pasar allí la segunda noche de



la semana, decido hacerle la pregunta que, como ella misma revela, más le cuesta asimilar: “A pesar de las lágrimas derramadas dentro de la celda, ¿ha dejado algo bueno la prisión en tu corazón?”. Ni siquiera espero respuesta, así que permanezco en silencio, a su lado, por si su alma decide convertir el dolor en encuentro y así sobornar al miedo con su sonrisa... “Sí, ha dejado algo bueno”, responde sin dudar, “me ha enseñado a amar a Dios más que a mí misma, a afrontar mis pecados y a saber que la lucha es día a día prendida de su mano”, descubre, abrumándome con sus palabras regaladas. Estas, que aún guardan rastros de su condena, brotan desmigadas como una llama inofensiva, casi nostálgica, y se dirigen allí donde nadie decide regresar para no volver a llorar: “Todo lo que viví dentro fue una prueba muy dura pero, al mismo tiempo, muy satisfactoria, porque descubrí, más allá del dolor, que el amor de Jesús es incondicional”.

«La Iglesia muere y resucita cada día en la prisión»

El sonido de la puerta principal del CIS alerta de la entrada de la noche. Afuera se quedan miles de sueños que hasta la mañana siguiente no despertarán. Y, con ellos, permanecemos María y yo, envueltos en un vaho sagrado que se queda varado al otro lado del río.

Sor María de Cortes es sanitaria y, como hija de la caridad de la provincia España Centro, toda su vida se ha dedicado a sanar heridas. 27 años de consagración religiosa y 25 como voluntaria de prisiones moldean el cariz delicado de sus ojos. Nos citamos en el Centro Penitenciario de Campos del Río - Murcia II, donde hace meses comenzó un taller con un grupo del PAIEM (Programa de Atención Integral a Enfermos Mentales).

Dialogamos acerca de los designios de ese Dios que sostiene nuestra debilidad, para que descubramos el sentido misterioso de lo que nos espera. “Aquí morimos y resucitamos, cada día, con cada uno de ellos, con cada situación amarga, hiriente y degradante”, afirma convencida, “cuando sientes la impotencia de sólo poder escuchar, acompañar, abrazar y poco más, te sientes morir y, al mismo tiempo, crees que algo resucita porque la pregunta tiene respuesta”. María hace silencio, y se queda en esa oración donde sólo importan Dios y el privado de libertad, donde la instrumentalidad del servicio obra la gracia, pese a su pobreza y pequeñez. “Si yo en este momento de angustia por el que está pasando el interno no estuviese aquí, ¿cómo sería su dolor, con quién lo compartiría? -continúa-. ¿Quién se detiene a mirarle a los ojos, a decirle que si él llora yo lloraré con él, que si él ríe yo reiré con él, que si él sufre yo sufriré con él y que si él se siente morir yo moriré con él? El interno revive cuando puede compartir lo que le abate con alguien que no le juzga, ni le da la espalda, ni le rechaza, ni le excluye, ni le niega un abrazo”. Su labor se resume en caminar junto a él y hacerle saber que no le dejará en el suelo: “Te levanto, te curo y te vendo esas heridas camufladas, a pesar de tu actitud en ocasiones desafiante, porque estamos resucitando los dos. Y esa es la presencia de la Iglesia que muere y resucita todos los días, en todos los centros penitenciarios de esta Tierra”.

La presencia inigualable de la vida religiosa

La religiosa de 57 años, procedente de Valdepeñas (Ciudad Real), precisa cómo está presente la vida consagrada en el mundo de la pastoral penitenciaria. “Aunque nuestra visualización social es casi nula, nuestra pastoral no es

noticia porque despierta poco interés, no movemos masas y nada de lo que solemos hacer –tanto fuera como dentro– se hace viral, lo más importante es que la vida religiosa está muy presente en todos los centros penitenciarios de todo el mundo”, descubre, y “no es por alabarnos, pero ninguna ONG, asociación o fundación está tan presente como lo está la Pastoral Penitencia”.

La vida de una Hija de la Caridad se asume por gracia de Dios, y está llamada a darla por los hermanos más pobres. Una vida que la consagrada se juega cada día: “Y si la pierdo en mi servicio, ¡pues qué dicha dar la vida sirviendo!”, reconoce.

Quienes están cerca de los privados de libertad pueden comprobar que no hay un suspiro que pase desapercibido para Dios. Cada uno de los otoños que configura su vida consagrada deja un reguero de sutileza en sus ojos, que se hace verdad en las manos dolientes que acaricia... “Cristo vive entre rejas, pero tienes que entrar para verle y acariciar su carne en la fragilidad de la persona más rota”, revela.

«Dios no ha creado nada sin amor»

Recorrer los pasillos de una prisión traspasa el recinto custodiado e intocable de nuestro ser. Es imposible que el alma no se aflija tras las condenas que se esconden detrás de los muros. Y Dios, que es experto en debilidad, habita entre los amasijos de hormigón, culpa y penitencia. Porque su Cuerpo y su Sangre anidan en cualquier altar donde reside el dolor.

“La caridad de Cristo está por encima de cualquier juicio humano, y si Él le afirmó al ladrón arrepentido que estaría con él en el Paraíso, ¿quién soy yo para no perdonar?”, desvela María, mientras abre su corazón ante un momento único y sagrado, donde el condenado pueda aliviar el peso que su

alma arrastra: “Hay cristos hirientes que necesitan ser consolados, y cuando nos cueste descubrirlo, démosle la vuelta a la medalla, como decía san Vicente de Paúl”. Al fin y al cabo, “esa persona ha sido creada con el mismo amor que tú y que yo, porque Dios no ha creado nada sin amor”. Y por ello “mis ojos tienen que estar limpios, sin odio y sin rencor; he de vivir con unos ojos que brillen para poder ayudar a quienes me necesiten, y qué honor tan grande es esto para mí, que soy una sierva de los pobres...”, confiesa, con los párpados sostenidos en su Amado.

De pandillero a capellán

El dolor no se cura solamente con palabras, ha de estar acompañado de gestos que alivien, que custodien, que consuelen. A veces, esperamos mucho de quien ha de pagar una pena, y lo único que necesita es un abrazo.

Cristo también estuvo preso. En ese latir vive Álvaro Sicán, fraile y sacerdote mercedario, jugándose la vida por los privados de libertad para devolverles, con el precio de su propia vida, la certeza de ser amados. A sus 40 años, no hay absolutamente nada del mundo penitenciario que no haya pasado por el tapiz de sus ojos. “En Guatemala pertenecí durante muchos años a una



pandilla muy peligrosa, estuve involucrado en delitos de violencia, drogas y corrupción, vi morir a muchos amigos y otros acabaron en prisión”, relata, con una paz habitada que calma y sobrecoge.

“La Iglesia se hace presente para ser una mano amiga, la mano de este Dios encarnado que nos llama y nos invita a encarnar esta realidad”, descubre, porque su hogar, que es la Iglesia, ama- nece y anochece con las puertas de la misericordia siempre abiertas.

«Vi cómo degollaban a un preso a los pies del altar»

Fray Álvaro abriga con palabras el mar derramado por tanto llanto amigo. Porque el Verbo sedujo su alma para colmar sus ojos del perdón que necesitaba; porque aún se aferra a la nostalgia para poder besar con fe la decimoquinta estación del vía crucis... “La peor experiencia la viví cuando vi cómo degollaban a un preso a los pies del altar mientras celebraba una misa”, comienza a contar. “Hubo un motín, a un preso lo venían persiguiendo y se escondió debajo del altar. Recuerdo que llevaba un rosario en la mano. Y llegó otro por detrás y le cortó el cuello allí mismo. Yo estaba delante, el tipo me vio, pero como estaba revestido de cura, sólo me puso el dedo en la boca y se fue. Y ahí quedó el pobre chico a mis pies, sin vida y con su rosario en la mano”.

Sin embargo, el ahora capellán del Centro Penitenciario de Palma, consciente de que está viviendo un tiempo extra, jamás pronuncia la palabra miedo: “He tenido tres pistolas puestas en la cabeza de la banda contraria para que vendiera a mi gente. Y nunca hablé. Cualquiera, estando arrodillado, con una pistola metida en la boca y una en cada sien, se rinde y canta. Tras todo lo vivido, ya no me asusta nada”.

«Hay que borrar esa imagen del Dios castigador»

La Iglesia convalece y suaviza las costuras que provoca el sufrimiento. Mucho más cuando hace descubrir al herido que el paso del perdón puede limpiar su existencia. “Hiqué muchas rodillas pidiéndole perdón a la Madre, y mi vida y mi vocación se la debo a la Virgen de la Merced; a Ella le recé y le lloré por meses para que me sacase de todo aquello. Ella hizo el milagro y ahora sólo puedo hablar de su amor”, confiesa el mercedario, barriendo con ternura el viento que más aflige.

“Es un proceso de depuración”, insiste, en el que “hay que borrar esa imagen del Dios castigador que nos han transmitido, para abrazar al Dios de Jesucristo, que jamás nos deja tirados al borde del camino”. Y esto “lo descubrimos en prisión”, revela, “cuando Jesús nos catequizaba por medio de ellos para que nosotros encontremos el sentido del porqué y el para qué vamos ahí”.

«Hasta dar la propia vida por amor»

La vida religiosa transita cada día la prisión, con las suelas ya gastadas de regalarse, en la presencia perpetua de Jesús de Nazaret. Ahí, al pie de la cruz y del sufrimiento, estando, sin tener a veces consuelo, pero siendo esa Iglesia cirenea que no juzga ni condena. Y ahí Dios tampoco cuenta; Él renunció a juzgar el día que decidió amar como solo Él sabe.

A estas alturas, desvela el padre Álvaro, “ya no necesitamos ganar focos”. Tan sólo “hemos de hacer vida el carisma de Cristo, con alegría y sin ninguna vergüenza de lo que fuimos y somos; y así seguir, hasta la última gota, hasta dar la propia vida por amor”. 



La comunidad sinodal

Jolanta Kafka

MISIONERA CLARETIANA (REUS, ESPAÑA)

Cuando nos llega este número de la revista *Vida Religiosa*, la segunda sesión del Sínodo de los Obispos sobre la Sinodalidad está en pleno con sus labores. Un proceso tan complejo, que no tiene comparaciones en su alcance y tiempos. Estoy con los ilusionados, entusiastas del proceso sinodal, con los esperanzados y con los que “esperanzan” con realismo su camino.

En los nueve meses entre las dos sesiones del Sínodo (que Timothy Radcliffe, OP llamó meses de gestación) tuve la gracia de acompañar y compartir con varias comunidades, parroquiales e interparroquiales, con los religiosos, en la archidiócesis de Tarragona y de Barcelona. Grupos que, como la levadura del Evangelio, transforman la masa.

¡Cuántos aprendizajes sobre la comunidad en camino! Amor a la Iglesia hecho preocupación por la evangelización, búsquedas pastorales, caminos nuevos... Estar en y con el pueblo, con el roce y el misterio que supone el encuentro y se imprime en la memoria como rostros, gestos y palabras.

¡Cuántas lecciones se nos ofrecen para seguir caminando juntos, aprendiendo la sinodalidad! En una de las reuniones escuché:

“... la comunidad es la estructura hacia la que los cristianos debemos

aspirar. Es más que un grupo que, alojado en un lugar, se dedica a dar una serie de servicios, sin desmerecer el valor de estos. Una comunidad comparte la vida; mantiene viva la fe; testimonia a Jesús de Nazaret; es abierta y acogedora; celebra la vida y es orante dando gracias a Dios por los dones recibidos; es comprometida y beligerante contra la injusticia”.

El Sínodo se reúne y discierne las cuestiones. A partir de las conclusiones y orientaciones, el Papa presentará un camino renovado en la Iglesia. ¡Cuántas Iglesias locales, asociaciones, instituciones comunidades de vida consagrada esperamos ya esta luz!

En una comunidad parroquial decían que es difícil hoy hablar de Jesús, pero siempre podemos hablar y actuar desde Jesús. Uno de estos lenguajes es la comunidad, donde el Evangelio se hace acogida, ternura, discernimiento compartido y acompañamiento en las soledades y tristezas. **VR**



«La vida religiosa hoy y su desafío de esperanza»

El pasado 26 de septiembre tuvo lugar la inauguración del curso 2024-2025 en el Instituto Teológico de Vida Religiosa y en la Escuela «Regina Apostolorum» de los Misioneros Claretianos en Madrid. Presentamos un resumen de la conferencia inaugural pronunciada por el P. Jesús Díaz Sariego, OP. La ponencia fue pronunciada con motivo de la llamada del papa Francisco a celebrar el próximo jubileo ordinario de la Iglesia durante el año 2025. El Pontífice ha querido dedicar el año jubilar a reflexionar y promover la esperanza.

Jesús Díaz Sariego, OP

PROVINCIAL DOMINICOS PROVINCIA DE HISPANIA - PRESIDENTE DE CONFER

Año jubilar ordinario 2025

El Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, en colaboración con el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, ha querido implicar a todos los consagrados en la preparación del mencionado jubileo. La aportación del conjunto de los carismas, que dan rostro a la vida consagrada, se hace especialmente necesaria en el momento social y eclesial en el que nos encontramos. Será importante redescubrir, a este respecto, las exigencias de la llamada eclesial a la participación responsable de cada instituto, poniendo en valor los carismas y ministerios que el Espíritu Santo no cesa de conceder para la edificación de la única Iglesia.



La paz en todas sus dimensiones es la urgencia más importante del momento

La vida religiosa ha estado desde el inicio implicada y comprometida en la preparación, con los demás consagrados, del año jubilar. Al lema del jubileo “Peregrinos de esperanza”, los consagrados añaden “por el camino de la paz”. De este modo el lema jubilar para los religiosos queda de esta manera: “Peregrinos de esperanza, por el camino de la paz”. A nadie se nos escapa la percepción de que la paz en todas sus dimensiones es la urgencia más importante del momento. Tres escenarios, como telón de fondo, enriquecen el lema propuesto: el compromiso con los últimos, des-

de la escucha atenta del clamor de los pobres; el cuidado y custodia de la creación, bajo la tutela del medio ambiente; la fraternidad universal, como expresión de solidaridad con los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Los tres escenarios dan contenido a la “gran sinfonía de oración” que el Papa promueve durante la preparación jubilar. Oración como voz “de un solo corazón y una sola alma” (cf. Hch 4,32), un modo de recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, escucharlo y adorarlo.

En el encuentro preparatorio, que tuvo lugar en Roma del 1 al 4 de febrero del presente año, participaron representantes de todas las conferencias de religiosos y religiosas del mundo. En dicha asamblea se hizo entrega de este mandato que ahora recordamos: “Haceos portadores del anuncio de la paz, ireconciliaos con Dios! Proclamad con vuestra vida que nadie está excluido de su misericordia. Que el testimonio que nos hemos ofrecido mutuamente, la búsqueda compartida, las reflexiones que hemos madurado juntos alimenten en nosotros la esperanza y sostengan nuestro compromiso de promover una cultura de paz, solidaridad y cuidado mutuo”.

Este mandato ha inspirado la presente reflexión sobre “La vida religiosa hoy y su desafío de esperanza”. Se nos invita a tomar el pulso de nuestra condición como consagrados. El termómetro actual de la vida religiosa nos indica la necesidad de retomar la fuerza espiritual de la esperanza como antídoto a las desesperanzas que puedan estar afectando, por diversas razones, a nuestra razón de ser en el corazón del mundo y de la Iglesia. ¿Cómo promover la reconciliación si nosotros mismos no estamos del todo reconciliados con nuestra propia

vocación, con nuestro pasado, presente y futuro, debido a las circunstancias internas y externas que nos abruma? ¿Cómo promover una cultura de paz y solidaridad si no somos suficientemente capaces de ofrecer una fraternidad, una sororidad, inspirada en los valores evangélicos más genuinos? ¿Cómo procurar el cuidado mutuo si nosotros mismos hemos descuidado el bien que procura la virtud teologal de la esperanza? Estas y otras preguntas nos acechan en estos momentos de cierta zozobra e incertidumbre. El año jubilar nos brinda la oportunidad de volver a centrarnos en la propia vocación, al ponerla en las manos de Dios con plena confianza y al desarrollar la capacidad de discernir el momento presente, más desde las oportunidades que se ofrecen que desde las dificultades que aparecen.

La condición esperanzada del hombre

Todos esperan, dice el papa Francisco en su bula “*Spes non confundit*”, porque en el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Esta universalidad de la espera ha sido objeto de reflexión y estudio por parte de filósofos y teólogos destacados, especialmente desde el siglo XX para acá. No olvidamos, por otro lado, las sustanciosas reflexiones del pensamiento clásico grecolatino. La experiencia bíblica sigue siendo insuperable a la hora de considerar la experiencia humana de la espera y sus derivadas.

En la mitología griega nos encontramos con el conocido “mito de Pandora”, para expresar el contenido de todos los males y desgracias que



aquejaban a la humanidad. En este mito solo se salva la esperanza, pero aun así conteniendo la incertidumbre y lo incierto. El mismo vocablo griego de esperanza y su significado, “Elpis”, es la expectativa del futuro, pero, al mismo tiempo, es también el miedo a que ese futuro sea siempre incierto. La esperanza en la cultura griega viene a ser como una promesa que tal vez nunca se haga realidad. No obstante, por otro lado, no debemos olvidar que el hombre, además de ser “un animal racional y cultural”, es también un “animal simbólico”. La dimensión simbólica es el nuevo método, en palabras de E. Cassirer, que el hombre ha descubierto para adaptarse a su ambiente superando la adversidad.

A esta dimensión simbólica hemos de unir igualmente la inherente tendencia humana a la utopía, ya que el hombre es el único animal que no se resigna con lo dado o con lo que puede tocar, medir y pesar al estar a su alcance. Cuando la realidad impone sus condiciones limitadoras se alza

en su conciencia la protesta, la negación de lo negativo y el sueño de un lugar donde serán posibles sus más añorados proyectos. La utopía, por tanto, consiste “en dar lugar a lo posible” como lo opuesto al conformismo pasivo ante lo que ocurra.

”

La vida del hombre es un acontecer hacia adelante. El presente está cargado de oportunidades

La esperanza, desde su propio dinamismo, es la que nos empuja hacia el futuro por nuestra propia carencia y limitación. De esta forma, en cuanto principio antropológico, se nos presenta como el optimismo que penetra el acontecer humano, cuando la meta hacia la que camina no es el absurdo o la nada, sino un futuro que se



entrevé como plenitud. En este sentido la vida del hombre es un acontecer hacia adelante. El presente está cargado de oportunidades y en el desarrollo de nuestras posibilidades es como vamos realizando y creando nuestro futuro.

La capacidad que tenemos de apertura nos define en nuestra esencia humana y nos otorga un triple horizonte de esperanza: nos abre a la realidad que es digna de crédito; nos abre al futuro que esperamos; y nos abre a los otros –al Otro– con los que compartimos nuestra existencia. En todas estas aperturas estamos llamados a construir paz y reconciliación, siendo hombres y mujeres que viven ellos mismos reconciliados en la vocación que profesan.

La esperanza como virtud teologal

Desde la triple apertura, mencionada anteriormente, nos abrimos a las virtudes teologales. La descripción del hombre como animal no sólo racional, sino también simbólico y creyente –esperante y amante– nos permite comprender la dinámica teologal que generan los caminos antropológicos mencionados. Nos lo ofrece Dios en el dinamismo de estos tres verbos: creer, esperar y amar. En la fe, la esperanza y la caridad se arraigan las actitudes más humanas, firmes y estables del entendimiento y de la voluntad de las personas. Ellas regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Nos ayudan a vivir una vida moralmente buena bajo la práctica libre del bien.

En este sentido, nos podríamos preguntar ¿por qué hemos de ser personas de esperanza? ¿Por qué la vida religiosa ha de cultivar la virtud de la esperanza? Toda virtud es una

disposición habitual y firme para hacer el bien. Nos posibilita no solamente realizar actos buenos sino, además, dar lo mejor de nosotros mismos en lo que realizamos. Tendemos hacia el bien, lo buscamos y lo elegimos a través de nuestras acciones concretas. Todo aquello que adquirimos por educación y perseverancia se eleva por la gracia de Dios al forjar nuestro carácter en la práctica del bien. Se nos brinda la posibilidad de adquirir una felicidad más plena cuando practicamos las virtudes en la vida cotidiana.

La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón del ser humano; asume las esperas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza. El impulso de la esperanza nos preserva del egocentrismo y nos conduce a los valores indiscutibles de la caridad cristiana.



El Dios que descubrimos en medio de nuestro desierto es el mismo de antaño

Ser profetas de esperanza

En estos momentos de escasez y de desierto por el que está pasando la vida religiosa, recibimos también la invitación a mirar “con los ojos de Jesús” lo que nos está ocurriendo. La mirada nos ayuda a detectar mejor las oportunidades que nos ofrece el

momento de crisis generalizada en el que estamos. Esto requiere una experiencia teológica determinada. El Dios que descubrimos en medio de nuestro desierto es el mismo de antaño, pero distinto en los matices, dada la riqueza insondable que descubrimos en el presente. El papa Francisco, no solo ha tomado como uno sus reclamos más reiterativos a la esperanza, sino que también ha generado su verdadero despertar en creyentes y no creyentes. De forma casi permanente nos invita a encontrar caminos de esperanza. Caminos que abran nuevos horizontes en una sociedad un tanto desesperanzada o deprimida. Nos pide a los religiosos algo bien concreto, “ser profetas de esperanza”.



Estamos llamados a la armonía y la reconciliación entre nosotros y a procurar la curación de las heridas

Hemos de ser profetas de esperanza porque estamos llamados a la armonía y la reconciliación entre nosotros. Pero también a procurar la curación de las heridas de un mundo cada vez más dividido en sus guerras y discordias.

El sufrimiento producido por la división y el rencor, lejos de generar la necesaria armonía entre los pueblos y las personas, nos aleja del bien que hemos de procurar. Sin embargo, centrados en Cristo somos artífices de esperanza. Por esta razón, ha de resonar con especial fuerza la exhortación de san Pablo cuando dice: “Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo

exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios” (2 Cor 5,20).

Un itinerario de vida nada despreciable para nuestro tiempo. Hemos de considerar la fuerza que encierra esta petición en la urgencia de reflexionar sobre su mensaje. A la luz de esta palabra bíblica, me propongo discernir y escrutar los signos de esperanza. Para ello no podemos dejar de preguntarnos acerca de los recursos que tenemos para activar dinámicas de reconciliación que nos devuelvan la confianza en lo humano iluminado por la gracia de Dios. El horizonte que perseguimos, por tanto, no es otro que el de aportar un granito de arena a la reflexión. De este modo pretendemos ayudar a la realización de lo expresado por el papa Francisco para el año jubilar, asumiendo el principal desafío que tenemos en este momento. Este no es otro que “Dar razón de nuestra esperanza” (1Pe 3,15).

Nos podemos enriquecer en la dimensión profética cuando damos un giro a las preguntas sobre la esperanza y nos pararnos a pensar en la respuesta a las mismas: ¿Qué espera Dios de nosotros? o ¿qué esperan los demás de nosotros? ¿Qué espera el mundo de hoy de nosotros? Desde la fe, como nos recordaba la Encíclica *Lumen Fidei*, el yo del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro y así su vida se hace más grande en el amor; al ser “habitado por Otro”, podríamos añadir también “por otros”. Lo que yo espero, lo que esperamos, pasa entonces a un segundo lugar, y lo que importa es qué espera Dios de nosotros y qué esperan los otros. Emerge así “el deber de no desesperar” como una exigencia que no puede esperar. Una vez que “los otros” adquieren el lugar que les corresponde en nuestra

vida y misión, una vez que sean el centro de nuestras vidas y preocupaciones, estaremos en condiciones de afrontar la cuestión definitiva: ¿Para quién esperamos?, permitiendo que nuestra esperanza se despierte, se avive, y se fortalezca. No debemos estar ocupados y preocupados tanto de nuestras expectativas, como de la capacidad que hemos de desarrollar para esperar juntos, “con” otros; además, hemos de estar atentos a la urgencia de esperar “para” otros e incluso de esperar ‘por’ otros. Estas preposiciones de la esperanza no olvidan que, en definitiva, todos esperamos “en” Dios, principal garante de nuestras esperas.

La vida religiosa, cuando responde a estas preguntas y se compromete con ellas, se vuelve un signo de esperanza. Nuestra alternativa rara forma de vida con sus votos es un signo de esperanza para la humanidad. Lo somos porque tenemos una vocación que nos llama a la comunidad y

nos envía a la misión. En este sentido nuestra vocación como religiosos es maravillosa no porque nosotros seamos maravillosos, sino porque constituye un signo profético de nuestra esperanza para toda la humanidad.

”

La fidelidad de la vida religiosa se actualiza al cumplir el mandato del «vino nuevo en odres nuevos»

Algunos desafíos para la vida religiosa en términos de esperanza

Los consagrados podemos ser signos de esperanza cuando aportamos nuestro “patrimonio espiritual”. Este se condensa en la profesión religiosa, en la vida comunitaria (fraterna y sororal) y en la misión. De estas tres



fuentes brotan los signos de reconciliación que podemos ofrecer a la humanidad entera:

1º). El primer signo de esperanza brota de la profesión religiosa. El compromiso religioso adquiere algunos vocablos fundamentales. Ellos nos ayudan a describir los principales desafíos que tiene la profesión religiosa como signos de esperanza: “fidelidad”, “felicidad” y “fecundidad”. Cada uno de ellos se enriquece desde la reflexión teológica que se viene realizando estos años, tanto por parte de los teólogos de la vida religiosa como por los documentos publicados de la Santa Sede. La fidelidad de la vida religiosa se actualiza y renueva en la medida en la que cumple el mandato evangélico del “vino nuevo en odres nuevos”; en este sentido, al percibir la necesidad de cambio y, por tanto, de reconocer la debilidad en la que nos encontramos, no dejamos de pensar que aun no siendo perfectos, sí estamos llamados a ser

felices. Esta convicción nos refuerza en la propia vocación; por último, la fecundidad a la que estamos llamados no permite la desesperanza. En este sentido nos hacemos eco de la expresión del papa Francisco cuando, en reiteradas ocasiones, insiste: “no os dejéis robar la esperanza”, para poder seguir siendo fecundos.

2º). El segundo signo de esperanza se deriva de la vida comunitaria, fraterna o sororal. Una mirada al mundo que debemos evangelizar nos despierta la necesidad de aportar a la comunidad eclesial “el don de sí” y “el arte de vivir”, propio de los religiosos y religiosas. La Iglesia podrá ejercer mejor, de este modo, su misión evangelizadora al contar con la donación de los propios religiosos y con la sabiduría que forma parte de sus tradiciones congregacionales como “un arte en su forma de vivir”. Mientras “El don de sí” es una especie de contrapunto a los ideales individualistas que se promueven desde



algunas ideologías políticas, el “arte de vivir” puede ser una propuesta pertinente a la sociedad contemporánea, tan sensible a la antropología del cambio, pese a sus temores y dudas.

”

Para ser signo de esperanza la vida religiosa debe afrontar su propia renovación misionera

3º). El tercer signo de esperanza surge de la misión. Para ser signo de esperanza la vida religiosa debe afrontar su propia renovación misionera. Esta, al igual que para el resto de la Iglesia, conlleva o exige una constante y permanente conversión. Francisco no pone el acento en la reforma de la mera organización interna de la estructura eclesial y su funcionamiento, sino en su misión de servir a las personas y a los pueblos. Y esto nace –como lo había señalado en 2014– del “contacto directo con el pueblo de Dios”. El contacto es el que genera una conversión real y es la base de cualquier reforma, porque, como recuerda, “sin un cambio de mentalidad el esfuerzo funcional será inútil”.

Para llevar a cabo los cambios necesarios en nuestras estructuras y mentalidades hemos de valorar y hacer realidad, con los discernimientos pertinentes, el reparto compartido de los bienes, la búsqueda y reconocimiento de nuestra propia verdad y la voluntad manifiesta de no extorsionar a nadie, dando importancia al diálogo que procura el encuentro y la superación de las diferencias para

hacer posible que estas, las diferencias, estén siempre reconciliadas.

Conclusión: «Tomar carne en la vida con pasión»

“Tomar carne en la vida con pasión” es una expresión que retomo de las Orientaciones del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, “A vino nuevo, odres nuevos. La vida consagrada desde el Concilio Vaticano II: retos aún abiertos. Orientaciones”. En esta expresión se quiere reflejar los nuevos pasos que debemos emprender para que los ideales de vida y los contenidos de su doctrina “tomen carne en la vida”. El discernimiento, a la luz del Evangelio, nos lleva a reconocer la llamada que Dios hace oír en una situación histórica determinada. Los consagrados y consagradas estamos llamados a “emprender nuevos pasos para que los ideales y la doctrina tomen carne en la vida: sistemas, estructuras, diaconías, estilos, relaciones y lenguajes”.

Asumir los desafíos indicados anteriormente nos permitirá “Tomar carne en la vida con pasión”. Una urgencia necesaria para dar razón de nuestra esperanza ante los principales desafíos del mundo, de la Iglesia y de la vida religiosa en el presente. Unos desafíos que se muestran con claridad en las carencias de paz y armonía en los diferentes órdenes de la vida personal y social. **VI**

HABLANDO EN DIALECTO



Friega las parrillas

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Me lo contó hace años una religiosa joven:

“He pasado una etapa comunitaria muy difícil. Somos 4 en comunidad, solo yo no trabajo en el colegio, que es el tema dominante de las conversaciones, y me siento aislada, con la impresión de que lo mío no les interesa; ellas están muy unidas, me tachan de susceptible y de que voy como un verso suelto.

Llevábamos una semana muy tensas y, aunque el viernes comimos juntas, no me dijeron nada sobre la tarde. Al volver me encontré una nota: ‘Llegamos tarde, vamos al cumpleaños de una profesora’. Me dolió que no me hubieran incluido y me acosté temprano enfadada y triste. No las oí llegar, pero por la mañana encontré en el fregadero unas parrillas sucias, como de haber asado sardinas. Eso fue la gota que colmó el vaso, tuve un ataque de furia y empecé a preparar lo que iba a decirles, consciente de que me estaba enroscando en el bucle de la víctima.

Y de pronto, inesperadamente, me asaltó un impulso absolutamente insensato: ‘*Friega las parrillas*’. Al principio no hice caso, pero la idea loca iba ganando terreno. ¿Fregar-LES yo las parrillas? ¿A ellas,

que me han ninguneado y excluido? ¿Exponerme a que se rían de mí? ¿Hacer el papel de una pobre tonta que no se da cuenta de nada?

‘*Friega las parrillas*’. Me resistí con todas mis fuerzas, pero por fin, como quien se rinde en un combate, agarré el estropajo. Y misteriosamente, mientras frotaba las malditas parrillas, algo se me iba ablandando por dentro, como si mi orgullo y mis rollos mentales se desincrustaran y se fueran fregadero abajo junto con las escamas de las sardinas. Arrastrada ya por la ‘lógica del exceso’, fui a comprar churros y durante el desayuno, como me sentía desarmada y frágil, pude desahogarme y llorar; me escucharon, fluyó la comunicación, nos propusimos empezar de nuevo”.

“En cada monasterio -lo dice André Louf- hay hermanos mansos y humildes que soportan sin juzgar las debilidades físicas y psicológicas de los demás. Son el tesoro escondido de las comunidades”.

Seguramente no somos así, pero hay pequeños gestos que nos ponen en el camino. **VR**

RETIRO MENSUAL

8

**VIVIR A PULSO PASCUAL. TRANSITANDO
NUESTRA MUERTE Y RESURRECCIÓN**

María José Encina Muñoz, ADSIS

VIVIR A PULSO PASCUAL. TRANSITANDO NUESTRA MUERTE Y RESURRECCIÓN

El retiro que nos convoca este mes nos permite seguir desarrollando el itinerario que hemos estado rezando durante los últimos meses. Es una invitación para poder contemplar a Jesús de cerca, e ir disponiéndonos para adentrarnos en el misterio de su amor.

Volviendo a los orígenes

La experiencia vocacional que hemos abrazado a lo largo de nuestra historia nos hace mirar con profunda ternura la elección que hicimos en un momento único e irrepetible. Esa experiencia lo transformó todo, dinamizó nuestra vida y abrió senderos nuevos. Al igual que la primera comunidad de Jesús, hemos ido descubriendo, a través de Él, ese deseo de amor que nos une a Dios. Se hace promesa la Palabra de que Dios “hace nuevas todas las cosas” (Ap 21,5). Hoy seguimos adentrándonos en ese encuentro personal con el Señor de nuestra vida.

Una mirada por el itinerario recorrido

A lo largo de nuestro itinerario, comenzamos rezando nuestra vulnerabilidad y abrazándola como sacramento de la presencia de Dios en nuestra vida. Luego dimos un paso más hacia la compasión, con la que abrazamos la vida de nuestros hermanos y hermanas. Ese dinamismo de entrada y salida nos va transformando. Vamos contemplando cómo esa conciencia de fragilidad nos abre el camino por el que descubrimos a

Jesús en el rostro de los que están en nuestra vida, en los que sufren.

La vida se nos regala como tierra sagrada ante la cual nos descalzamos. En este camino que Dios nos hace recorrer, los nombres, rostros e historias se presentan ante nuestro corazón y nos permiten honrar la vida, arrodillándonos ante quienes nos atraviesan y reconociéndolos como sagrarios vivos.

A través de este vínculo crecemos en la conciencia de que nuestro amor enraizado en Jesús es lo único que tenemos para ofrecer. En medio de tantos proyectos y objetivos, que a menudo reducen a nuestros hermanos y hermanas a meros destinatarios, Jesús nos devuelve a nuestra condición humana. Reconocemos que ese amor centrado en Él es lo mejor que podemos compartir.

Un paso más: «muerte y resurrección»

En este retiro queremos contemplar cómo este proceso que hemos ido rezando nos muestra que en cada uno de estos encuentros Dios nos va desarmando interiormente y nos hace entrar en el misterio de la muerte y resurrección, proceso que vivimos a lo largo de toda nuestra vida.

El pórtico ante el cual nos encontramos nos invita a contemplar cómo Dios en nuestra vida nos ha hecho vivir en una dinámica pascual. La palabra “pulso” que acompaña este proceso nos conecta interiormente con ese dejarse ser en Dios.

Es hermoso poder sentir que nuestros ritmos vitales se acompañan en un proceso interior que va generando grietas, quiebres, rupturas... Aunque podamos percibirlas como daño, son surcos de una tierra donde Dios va haciendo su obra.

«Si el grano de trigo no muere»

Dejemos aflorar en nuestro corazón este diálogo con el Señor que nos dice: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,23-24).

Seguro que hemos meditado este texto muchas veces. Dependiendo del momento en que nos encontremos, la palabra “muerte” adquiere diversos significados, pero en cada uno de ellos abarca toda nuestra experiencia humana. Es menester preguntarnos cuál es la muerte a la que somos llamados. Este misterio, que es misterio de amor, es el centro de nuestra vida cristiana.

Una muerte que da vida

Sin duda los quiebres son dolorosos, pero de la muerte emerge vida. La naturaleza ya nos habla de eso. Después de pasar nueve meses en un modo acuoso, debemos vivir del aire. Los médicos han expresado con mucha claridad lo traumático de este proceso en el ser humano. También nosotros lo sabemos. Son las raíces de los árboles que rompen el cemento y todo lo que está a su paso para que emerja la vida. La naturaleza lo quiebra todo. Aquello que es en sí mismo doloroso lo contemplamos como un signo de vida.

Y, finalmente, podemos pensar en Jesús, quien entrega su vida y de quien hacemos memorial en cada Eucaristía. ¡Qué impresionante es ver cómo la hostia que está delante de nuestros ojos es rota y luego entregada, como la donación más pura y perfecta! La muerte da paso a la vida.

Santísima trinidad, movimiento de vida

Esta vivencia a la que somos llamados y llamadas –dejarnos hacer, para llegar a ser– nos invita a entrar en la

clave trinitaria. Leonardo Boff nos dice que “Padre, Hijo y Espíritu están eternamente borboteando el uno hacia el otro y construyendo un solo movimiento de amor, de comunicación y de encuentro. ¿Cómo entender mejor esta realidad? No se trata de descubrir el misterio de Dios. Se trata de poder captar el movimiento divino para poder vivir mejor la presencia y la actuación de la Santísima Trinidad dentro del mundo y en nuestra trayectoria personal. La teología bíblica ha encontrado una palabra para expresar esta dinámica divina: vida. Si analizamos un poco mejor lo que supone la vida, captaremos mejor la comunión de los divinos tres”¹.

Esta vida, mirando el don trinitario, es lo que los invito a rezar para poder dar sentido a este proceso de configuración que significa ir muriendo y resucitando en Dios.



También nosotros somos salvados y convertidos por un amor nunca visto

Jesús, hermano mayor

Jesús, Hermano Mayor, Maestro y Señor. A lo largo de nuestra vida nos permite ir conociéndole. Al igual que los discípulos y discípulas, Jesús camina y está con nosotros. Una donación de Jesús que nos va dejando sin palabras, permitiendo que todo lo que somos sea transformado por él.

Al igual que tantos y tantas, también nosotros somos salvados, curados y convertidos por un amor nunca visto ni experimentado. Siguiendo las palabras del himno de Filipenses,

Jesús nos invita a abrazar y acoger nuestra humanidad. Nada puede quedar fuera, pues cada rasgo de nuestra personalidad es lo que Dios ocupa para hacer con nosotros nuestra tierra. En ese encuentro con nuestra humanidad converge todo. Nos sentimos llamados a presentarnos desnudos ante el Señor de nuestra vida.

Espíritu, dador de verdad

Esta desnudez espiritual es progresiva. Es iluminada por la entrega generosa del Espíritu. ¡Qué paso tan grande es reconocernos ante el Señor tal como somos, sin miedo al juicio, experimentando la profunda dulzura de Dios!

Es el Espíritu quien nos va liberando de nuestras ataduras, de las caretas que usamos y nos permite ir conociéndonos y acogiéndonos progresivamente. Nos va aflojando el corazón para contemplar cómo Dios se goza por lo que hace en y con nosotros.



Dios va haciendo un proceso de transformación en nuestro camino cotidiano

El Padre, núcleo originante

En el Padre nuestra vida se encuentra dinamizada en y por Jesús, iluminada y alentada por el Espíritu. Este proceso interior nos va convirtiendo, paso a paso, hasta llegar al núcleo originante de nuestra vida: el deseo absoluto de Dios.

Es el deseo del amor mayor. El evangelio de Juan nos lo recuerda con profundidad en el capítulo 14: “Si alguno me ama, guardará mi palabra

y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23).

Esa morada en nuestro corazón nos da la paz. Nos devuelve al amor configurante y nos permite comprender que nuestro corazón en Jesús se ensancha. Nos iluminan las palabras del profeta Isaías: “Ensancha el espacio de tu tienda, y despliega las cortinas de tu morada. ¡No te pongas límites! (Is 54,2) ¿Para qué somos peregrinas y peregrinos en el mundo? Dios va trabajando en cada uno, en cada una, para amar en Jesús a toda persona que camina junto a nosotros.

Dialéctica de muerte y resurrección

En este proceso de amor vamos viviendo una constante muerte y resurrección, una dialéctica espiritual, un diálogo original que va orientando el rumbo que debemos seguir. ¿Cómo vivimos este proceso permanente de Pascua en nuestra vida? Es un morir y vivir, vivir y morir, en Dios, dejándonos transformar constantemente.

Este proceso dinamiza nuestra vida personal y comunitaria, es un impulso vital, pues nos coloca en un camino donde todos y todas somos iguales, nos permite acompañarnos para acoger los procesos que Dios va haciendo en cada uno.

Dios va haciendo este proceso de transformación en nuestro camino cotidiano, traspasando las cáscaras que nos ocultan y colocando en tierra nuestra semilla. Dios acompaña ese proceso de vivir desde nuestra experiencia humana estos cambios, ese “desnudamiento”. Sentimos que todo esto nos desarma. Percibimos nuestros temores y heridas, que se desvelan en lo que allí acontece.

Es el misterio que rezábamos al comienzo. De la muerte emerge vida, pero hay que romperse para ver cómo estalla lo que no puede ser aplacable.

Es Dios quien nos habla a través de nuestros hermanos.

Jesús, necesitado de amor y cuidado

Les propongo que miremos a Jesús. En el capítulo 12 del evangelio de Juan leemos: “Seis días antes de la Pascua” (y de su propia Pascua), Jesús está en medio del acecho, vive en su carne lo que significa que estén *ad portas* de detenerlo. Es ahí cuando decide hacer una parada antes de ir a Jerusalén. Sus pasos se dirigen a Betania, casa de sus amigos, lugar de intimidad. Es ahí, “en casa”, en medio de sus amigos, de su comunidad, donde Jesús, en su profunda humanidad, acoge su vulnerabilidad herida y se deja cuidar. María lo unge, lo cuida, le expresa su máximo amor.

Contemplemos la imagen.

Jesús tiene su corazón turbado. Es evidente su cansancio corporal y espiritual, la mezcla de sus afectos. La hora se acerca y con ello todo converge. La entrega definitiva se va aclarando y su persona lo presiente.

Permitámonos sentir en nuestro cuerpo y en nuestra alma esos momentos en que nosotros también hemos sufrido. El tiempo parece ser más lento, el corazón siente todo de un modo diferente. Es un tiempo de contemplación, ya que cuando caminamos por la oscuridad aprendemos a vivir y mirar de otra forma.

Jesús también experimenta esos dolores. Nos hacemos hermanos y hermanas en esa experiencia que de seguro hemos vivido. María toma el perfume y unge a Jesús. Es el momento del amor. El Señor y Maestro se deja amar. Sus pies son ungidos con el perfume y los cabellos de la amiga tocan el cuerpo del Maestro.

Todo queda lleno del perfume, porque el amor atraviesa todos nuestros sentidos y nos hace un solo cuerpo.

Cuando hay amor, vulnerabilidad, fragilidad, compasión, se une la comunidad y se comienza a construir un nuevo futuro. En ella aprendemos a vivir y morir juntos, aprendemos a morir y vivir en Dios.

Jesús se dona, amar se aprende amando

Contemplemos el siguiente capítulo del evangelio: “Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1).

Jesús, roto y compartido, se dona y se hace comunión. El gesto que realiza es el que también María ha compartido con Él. Jesús lo resignifica y lo lleva más allá. Se despoja a sí mismo y hace suya a la comunidad.

Profundicemos en la experiencia de Jesús. Más que detenernos en una exégesis fina, sigamos contemplando a Jesús, que ha asumido totalmente su humanidad.

El hombre roto ha sido consolado y amado. Nosotros también hemos vivido esta experiencia, el dolor nos une, nos saca de nosotros mismos y nos pone en camino. Experimentamos esto cada vez que alguien, en medio de nuestro dolor y ruptura infatigables, se descalza y nos recuerda nuestra condición de hijas e hijos, de seres amados y sagrados. Ellos nos aman, nosotros los amamos, todos nos unimos en Jesús.

Henry Nowen, en su libro, *Tú eres mi amado*², nos invita a pensar nuestra vida en cuatro claves que, a través de los retiros anteriores, también hemos meditado. Somos elegidos, bendecidos, rotos y entregados. Nos abre a una dimensión eucarística, en la cual podemos significar y resignificar el presente que vivimos.

Jesús unido a su comunidad

Imaginemos a Jesús sintiendo todo lo que acontece en su corazón. Él se encuentra unido a su comunidad, abrazando el momento que viene, haciendo memoria del camino y de su vida entregada, instaurando un futuro de esperanza en Dios. Es ahí, en ese momento, en este gesto, donde Jesús vive también parte de su proceso de muerte y resurrección.



Nuestra Iglesia está llena de personas que optaron por hacerse uno con los que sufren

En cierto modo, nos hace recordar los anuncios de la Pasión relatados en los sinópticos. Nos recuerda la vivencia que tenemos del mal, del sufrimiento que Jesús asume.

Cada palabra, cada gesto, cada signo, van preparando a Jesús para esa entrega definitiva.

Sagrada humanidad

Este es el regalo de la sagrada experiencia humana que nos abre progresivamente al misterio de Dios -imposible de develar en su totalidad- pero que nos permite vivenciar ese presente encarnado que se nos regala en el día a día.

Este vivir y morir, morir y vivir es un proceso de apertura que pasa por una respuesta libre a que Dios haga en nosotros a través del Espíritu. Humanamente es todo un desafío, pues vivimos en cada momento esa decisión de abandonarnos en Dios.

Estas vivencias personales las experimentamos todos. Sabemos que

hay en nosotros una tendencia natural a querer aferrarnos a lo que tenemos. Probamos el dolor que nos produce transitar por lo desconocido, dialogar con nuestras emociones, acoger lo que Dios sabe de nosotros para abrir el corazón y dejar que Él haga.

Iconos vivos

Nuestra Iglesia está llena de hermanos y hermanas que nos han precedido y que con su vida dan testimonio de este itinerario que vamos rezando. Ellos y ellas optaron por hacerse uno con los demás, sobre todo con los que más sufren. Compartamos ahora tres de estos iconos vivos.

Hermanita Genoveva de Jesús

La hermanita Genoveva de Jesús se fue a vivir con los Tapirapé, en Brasil, en un momento en el que casi desaparecían como comunidad. Consagró su vida a ser una más de ellos. “Al momento de su muerte, los Tapirapé quisieron sepultarla según sus costumbres, como una de ellos. La enterraron dentro de la casa donde vivió. Ahí, en unos travesaños, fue amarrada su hamaca. Esa donde durmió cada noche a lo largo de toda su historia con ellos. Por encima de los travesaños se colocaron tablas y sobre las tablas se colocó la tierra. Toda la tierra que pusieron encima fue preparada por las mujeres, como es la tradición. Al día siguiente, esta tierra se mojó y se moldeó de forma que quedara firme y espesa como la tierra batida”³.

Este relato sobre el funeral de la hermanita Genoveva nos abre a la dimensión de su amor en Jesús. En un dejarse hacer, que es el único camino que nos hace hermanos y hermanas.

Morir y resucitar nos va transformando. Nos conecta con un pulso de vida que va siendo configurado por Jesús, ejemplo absoluto del amor entregado.

No es difícil imaginar cómo esta mujer francesa se dejó hacer para llegar a “ser con”. Y vivir eternamente entre los que eligió y la eligieron para ser y vivir en comunidad. ¿Quiénes son hoy los que generan estos procesos pascales en nosotros? ¿Quiénes son esos instrumentos de Dios?

Somos llamados a ser tierra, barro, para dejarnos moldear, para llegar a ser esa semilla original en la que el sueño de Dios brota como signo de una vida totalmente entregada.

San Damián de Molokai⁴

El segundo icono es Damián de Molokai. La historia nos lleva a 1873. Monseñor Maigret ss.cc., en su diálogo con los sacerdotes, nos regala con profunda fuerza lo maravilloso de la elección. La vivencia de nuestra libertad, que es el espacio sagrado que habita entre Dios y nosotros. Es en ella donde se produce la respuesta.

Damián es el primero en ir. La propuesta inicial es ir junto con otros, haciéndolo por turnos, para visitar y asistir a quienes tienen lepra y han sido deportados a la isla de Molokai. Sin embargo, por petición personal y también de quienes se hicieron sus hermanos y hermanas, san Damián se quedará ahí definitivamente.

¿Qué pasó allí? El relato nos vuelve a regalar misterio. Nuevamente dejamos de ir para estar, para llegar a “ser con”. Damián se identifica totalmente con ellos. Es muy emocionante cuando termina diciendo: “nosotros, los leprosos”. El camino que vive es un proceso interior, un tránsito, un diálogo.

Esta experiencia radical de la presencia trinitaria en nuestra vida nos permite crear-soñar con una imagen del amor comunitario. Uniéndonos a través del Espíritu a nuestros hermanos y hermanas.

Nos vamos haciendo

Tanto la hermanita Genoveva como san Damián de Molokai nos muestran ese misterio interior de irse haciendo. Nos devuelven a la esencia de ese grano de trigo y nos impulsan a vivir nuestras propias historias de amor que surgen en las calles de nuestros barrios, en los cafés que concurrimos, en nuestras conversaciones con los jóvenes, en las mesas compartidas en nuestras comunidades, en el silencio y en la soledad habitada de nuestra oración.

Este amor nos transforma. Vamos muriendo a lo que nos aleja y ata, nos invita a olvidar nombres que nos habíamos puesto sin dejar que Dios nos llame por nuestro propio nombre. Nuestros ojos fijos en Jesús, contemplándole en nuestros hermanos y hermanas, nos hace mujeres y hombres nuevos.



Llorar es una manera de expresar, es el lugar donde nos entendemos

Testimonio monasterio de Suesa

Las hermanas del monasterio de Suesa (Cantabria, España) hace pocos días nos regalaban un maravilloso testimonio con el que quisiera terminar este retiro.

Las monjas también lloran⁵. Llorar hace bien. Es una manera de expresar, de comunicar. Es el lugar donde nos entendemos los seres humanos. Aun sin conocer el lenguaje de la otra persona, que puede tener una cosmovisión diferente de la nuestra, si las

vemos llorar, las barreras se deshacen. Casi más que si las vemos partirse de risa.

Es relativamente frecuente ver llorar a otras personas cuando viven en un monasterio. Aquí las visitas no vienen a la defensiva, es un espacio más propicio para soltar, para dejar de aparentar. Curiosamente, la gente que llora suele pedirte perdón, como si te estuviese incomodando, como si fuese una falta de educación.

Pero, como decíamos al principio, las monjas también lloran. No nos incomoda ni nos ofende. Llorar libera. Al ritmo de la vida monástica, una misma va soltando esas caretas de fortaleza, de dureza y de omnipotencia que te permiten expresar lo que se mueve en el interior. Es como un

cataclismo, porque con el llorar viene implícita la vulnerabilidad, la necesidad de los otros, de las otras, la interdependencia.

No hay muchos espacios sociales para el llanto. Tal vez tengamos que poner algún cartel que diga algo así: “Puedes llorar”. Nosotras también lloramos. 

1 BOFF, LEONARDO. *La santísima Trinidad es la mejor comunidad*. Ediciones Paulinas, 1990.

2 NOWEN, HENRY. “*Tú eres mi amado*” *La vida espiritual en un mundo secular*. Editorial PPC, 1994.

3 *Servicios Koinonia. Funeral hermanita Genoveva*.

4 Testimonio del Padre Bruno Benati ss.cc. Postulador general.

5 Instagram Monasterio de Suesa. @monasteriosuesa.

Preguntas para el diálogo comunitario:

- Podemos comenzar escuchando la canción “Sopla” de M. Duarte. Y pedirle al Espíritu que nos adentre en este misterio pascual que queremos contemplar. ¿Qué cosas a lo largo del texto movilizaron mi corazón?, ¿qué experiencias he tenido de morir y vivir en Dios?, ¿de qué manera hemos podido transitar estos caminos en nuestra vida comunitaria?
- Te invito a contemplar el capítulo 12 y 13 de san Juan, específicamente cuando María unge a Jesús, y luego el lavado de los pies a la comunidad. Adentrémonos en la experiencia humana de Jesús, de la comunidad. ¿Qué nos revelan estos textos, rezándolos por separado y luego en conjunto? ¿Qué experiencias he vivido de ser consolado en el momento del dolor, para luego poder amar, entregándome a los demás? ¿Cómo he vivido esta experiencia de ser una comunidad resucitada?
- Intentemos conectar con las emociones: las que me suscita el relato y las que se mueven en lo profundo de mí, al recordar los caminos que he recorrido. ¿Cómo he vivido este proceso de morir y resucitar? ¿He podido desnudar mi alma alguna vez ante Dios? ¿Qué he podido vivir de este proceso?
- ¿Cómo vivimos este proceso permanente de Pascua en nuestra vida? ¿Qué ha significado en mi vida de fe? ¿Qué aportes ha traído para mi vida? ¿Ha transformado mis relaciones? ¿De qué forma?
- Podemos preparar una oración comunitaria donde expresemos a través de un signo acompañado de una palabra, lo que queramos compartir, cómo hemos vivido estos procesos de muerte y resurrección. Agradeciendo a Dios la manera en la que se revela en nuestra vida.

ALGO ESTÁ BROTANDO



Aquí no hay prisa: se disfruta

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

Estoy en el corazón de África, en Zambia y Malawi. Viviendo una experiencia chocante y sorprendente. Una vida religiosa que se asienta y crece a otro ritmo y con otros acentos. Misas de cinco horas sin una chispa de aburrimiento. Una carreta tirada por un buey parsimonioso (tren de alta velocidad fraterna) pasa ante nosotros en la frontera de Zambia a Mozambique por los caminos polvorientos.

Me desconcierta estos días la falta de electricidad estable y la ausencia de internet durante gran parte del día. Pero, sobre todo, la falta de prisa. No hay prisa para levantarse de la mesa... conversaciones tranquilas sin estrés, celebraciones donde todo se canta y todo se baila, también bailan los monaguillos y pareciera que las estatuas bailan.

Aparece un balón gastado como aquel que yo tuve cuando niño que acabó destripado de tanto uso y tantas patadas recibidas, y unas niñas con su hermanito pequeño, sin necesidad de invitación a sumarme al juego. Un partido agotador y con tantas risas, empujones y trampas y foto final para la historia, con sonrisas llenas de frescura.

En medio de poblados pobres con casitas redondas y techos de paja, caminamos para ver los pozos abiertos por los misioneros en la tierra seca. Las mujeres y los niños nos reciben y acompañan. Ningún protocolo y nin-

guna liturgia preparada de antemano. Yo vengo a visitar y bendecir, me siento visitado, bendecido. Y por dentro una sensación de aire fresco y de renovación interior.

Un Dios de pies descalzos, que juega y ríe, que danza y se regala como lluvia en el desierto, y te visita en cada rincón de esta tierra fecunda y maltratada de África.

Mis hermanos y hermanas religiosos me recuerdan aquí que existe otro ritmo, que se puede vivir lo importante sin tanta comodidad y sin la mayoría de lo imprescindible que arroja nuestra vida, que vivir sin prisa hace bien al alma y al cuerpo de nuestros horarios comunitarios, que tener tiempo para jugar con los hermanos es fuente de vínculos gratuitos que hacen familia, y que, ¡oh maravilla!, se puede sobrevivir sin internet... sí sí, como lo estáis leyendo, sin internet, y no morir, sino incluso, revivir.

Otro ritmo, otra vida religiosa y otras conexiones *on-facetoface* son posibles con un Dios-hermano-comunidad, ávido de encuentro y juego, de amistad, como agua excavada en el desierto de nuestra vieja vida religiosa que se prepara para dejarse nacer, y no solo en África.

Aquí no hay prisa, esto es vida religiosa; que me perdonen algunos ascetas malhumorados del pasado, aquí se cuida la vida y se disfruta. 



Luis Gonzalo Mateo, CMF

(Residencia Claretiana, Las Cumbres, Panamá),

«Vivir con una cierta exageración profética es algo propio de los consagrados»

Luis Gonzalo Mateo es un misionero claretiano español que lleva casi toda la vida en Centroamérica. Perteneció a una generación que hizo carne el Concilio Vaticano II. Su larga trayectoria de servicio a la Palabra de Dios y a los pobres resulta luminosa y alentadora en vísperas del Jubileo de 2025.

Rodolfo Morales, CMF
MISIONERO EN CENTROAMÉRICA

¿Cómo comienza a tomar conciencia de lo que supone ser misionero al estilo de Claret?

Mi identidad humana, cristiana y misionera estuvo influenciada por el acompañamiento recibido en el hogar y por acontecimientos eclesiales de los que fui testigo. Los años de la formación teológica tuve el privilegio de compartirlos en Roma, en el colegio internacional *Claretianum*. Fuimos testigos del inicio del Concilio Vaticano II. Eran los tiempos de Juan XXIII. Con frecuencia, a los miles de jóvenes que cursábamos en Roma, el Papa nos convocaba a encuentros con él. Esta experiencia nos marcó para siempre.

Como misionero, formo parte de una congregación que tomó en serio desde los comienzos el impacto del Vaticano II. Al ser destinado a América Latina fui testigo del acontecimiento histórico de la asamblea de Medellín. Cuando fui destinado a Panamá, hacía pocos días que habían desaparecido al P. Héctor Gallegos, sacerdote colombiano, misionero en las montañas de Veraguas. Era el primer mártir de Medellín. Pertenecí a un equipo que hizo pie en la espiritualidad profética de la Iglesia latinoamericana. Iniciamos compartiendo una experiencia única que surgió en Honduras: los delegados episcopales de la Palabra de Dios, campesinos y campesinas animadores de comunidades, alumbraron una primavera eclesial en Centroamérica, pues poco a poco este lanzamiento de delegados de la Palabra originó el nacimiento y la animación de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs).

¿Desde un punto de vista pastoral, ¿qué supusieron las CEBs?

Se convirtieron en el eje aglutinador de nuestro proyecto global. Las

CEBs nos ayudaron a recuperar un concepto de misión que volvía sus ojos a Jesús de Nazaret. Un movimiento de conversión de toda la Iglesia al reino de Dios. Era el sueño de una Iglesia inserta, acompañante del pueblo empobrecido en el tejido más cercano, más pequeño, como es la vida de una pequeña comunidad donde se celebra la fe unidos a la lucha por la justicia.

Era el sueño de una Iglesia que se organizaba desde sus comunidades para la defensa de proyectos de liberación. Así sucedió cuando el Canal de Panamá estuvo a punto de expulsar a 50.000 campesinos de sus tierras ante la pretensión de construir tres lagos adicionales al Lago Gatún. O las luchas contra una mina a cielo abierto, que, por cierto, luego fue acompañado por toda la Iglesia panameña.

Usted también fue llamado a servir a su congregación desde puestos de gobierno.

Un tiempo de mi vida misionera estuvo dedicado al servicio de la animación claretiana como secretario de la coordinadora claretiana de Latinoamérica (CICLA) y como prefecto de apostolado de Centroamérica. También me invitaron a colaborar en compromisos más puntuales de la congregación, en encuentros programados en Asia y África. En estos encuentros tratábamos de integrar la experiencia que vivíamos en América Latina con las temáticas más teóricas de las ponencias. Recuerdo con enorme afecto a muchos teólogos de la CLAR que invitábamos a algunos de estos encuentros.

¿Cómo empezó su trabajo al servicio de los migrantes?

Empezó cuando me destinaron a Costa Rica. Fue una labor que llevé

a cabo desde Justicia, Paz e Integridad de la Creación (JPIC), formando equipo con otros religiosos y laicos del Centro de Lectura Popular de la Biblia que fundamos en la casa claretiana de San José. La intención de la iniciativa fue doble. Por un lado, cuidar, defender, ayudar, acompañar el dolor y las carencias de los migrantes y refugiados; y, por otro, ayudarles a convertirse en profetas de otro modelo de Iglesia. Nos alegra saber que nuestro humilde servicio en el acompañamiento del pueblo de Dios sintoniza con el actual momento de Iglesia que estamos viviendo, este *kairós* de una Iglesia sinodal. A lo largo de toda mi experiencia misionera en los distintos países, nos sentimos acompañados e inspirados por la CLAR. Experimentamos la pertenencia a una corriente eclesial extendida por toda Latinoamérica.

¿Sufrieron persecuciones?

Las mismas que sufrieron otras muchas comunidades religiosas, como los carmelitas de Sucumbíos, en Ecuador, pues ambos fuimos expulsados de los equipos religiosos. Lo cierto es que no sufrimos persecuciones desde las autoridades políticas, sino que fueron las autoridades eclesiales. Llevábamos ochenta años de presencia claretiana en la zona campesina de Colón (Panamá) y treinta y cinco acompañando a las Comunidades Eclesiales de Base. Obedecimos, pero la semilla quedó plantada.

La CLAR celebra 65 años de vida animando la vida consagrada de América Latina. ¿Cómo evaluaría los frutos de ese caminar?

En los encuentros de renovación claretiana que celebrábamos en Medellín siempre estuvieron presentes algunos teólogos de la CLAR. Tene-

mos que agradecer el servicio profético y su permanente actualización de los horizontes de los nuevos paradigmas que tanto animaban e iluminaban nuestras pequeñas prácticas del día a día. Mi más reciente experiencia la viví en Costa Rica, en la Asamblea de la Iglesia en Amazonía. La secretaria de la CLAR organizó un encuentro para compartir la experiencia eclesial de esa asamblea y sus posteriores decisiones.

Me ilusiona saber que desean celebrar ese caminar profético. Incluso cuando la Iglesia se volvía más conservadora, siempre contábamos con la CLAR, que nos despertaba para seguir haciendo memoria gozosa y a la vez peligrosa del Evangelio.

Hablemos del Jubileo de la Vida Consagrada que el papa Francisco ha anunciado para el año 2025. Para empezar, nos pide hacer desde este 2024 una “sinfonía de oración” que nos prepare para tal acontecimiento. ¿Cómo considera que debe ser esta?

El mismo título de “sinfonía de oración” sugiere que, como vida consagrada, estamos dotados de distintos carismas que expresan una amplia diversidad de melodías. Somos como una orquesta que va desde la vida contemplativa, con su oración litúrgica y monacal, hasta las mil expresiones de vida religiosa activa, donde la oración toma cuerpo en diálogo con los procesos de la misión. Todas nuestras comunidades están llamadas a ofrecer al pueblo de Dios un aporte profético.

Creo que nuestra oración ha de pronunciarse en sintonía con el momento eclesial que estamos viviendo de la sinodalidad. Como vida consagrada, enamorados del absoluto de Dios, se nos pide dar testimonio de su presencia en un mundo secula-

rizado. El pueblo de Dios y el resto de la sociedad necesita vernos como “profesionales de la oración”.

¿Sugiere otras experiencias o actividades que nos ayuden a preparar el Jubileo?

Como vida consagrada, otro aporte para este año preparatorio puede ser realizar signos proféticos en calles y plazas, acompañando al pueblo en marchas y protestas públicas, o inventando con creatividad otros signos motivadores que se conviertan en noticia para despertar conciencias. Vivir con una cierta exageración profética es algo propio de los consagrados.

El lema que se ha propuesto para el Jubileo es el de “Peregrinos de esperanza

por el camino de la paz”. Desde la realidad latinoamericana, ¿cómo se debería entender este lema?

Nuestra primera acción para alimentar la esperanza en este mundo de guerras y de destrucción ecológica es sentir que somos pueblo en medio del pueblo. La vida consagrada está convocada a integrarse en la marcha, como dice el papa Francisco. Pero Bergoglio también subraya que la Iglesia ha de colocarse a la cola, para así empujar el camino. Y también dentro, insertos en el pueblo de Dios para sentirnos hermanos universales. Finalmente, y al mismo tiempo, también en la vanguardia, proponiéndonos como signos que ayuden a marcar el ritmo de esa peregrinación.



¿Podríamos pensar en acciones o gestos concretos?

Ofrecer al mundo una labor significativa en el diálogo interreligioso, mostrando experiencias de comunidades religiosas insertas en territorios de otras religiones, por ejemplo. Otra acción concreta que necesita nuestro mundo puede ser distribuir materiales escritos o audiovisuales que se conviertan en pistas para educar la mirada, haciéndola más cercana al Evangelio.

Escuchar el clamor de los pobres, la tutela del medio ambiente y la solidaridad –entendida desde la fraternidad universal– son los tres puntos clave sobre los que habrá de girar el año jubilar del próximo 2025. ¿Cómo interpretarlos desde la realidad latinoamericana?

Para escuchar el clamor de los pobres, lo primero es vivir esta opción como espiritualidad, la espiritualidad del seguimiento de Jesús. Experimentar que el compromiso con la causa de los pobres significa vivir un

encuentro con Jesús. Experimentar que el acompañamiento a los pobres es tocar la carne sufriente de Cristo. Esta espiritualidad en el fondo del corazón nos capacitaría, sin duda, para llevar a cabo acciones concretas a favor de los últimos, los descartados. Pero la opción por los pobres no puede hacer caer nuestras prácticas en una ideología social ajena al evangelio.

Este compromiso con los últimos debemos vivirlo celebrándolo en la oración comunitaria y en el acompañamiento pastoral al pueblo de Dios. Lo que se reza en la oración entra en lo más profundo de nuestros corazones y nos alimenta ante las dificultades y posibles persecuciones.

¿Y en cuanto al cuidado y custodia de la creación?

Nuestra misma identidad carismática representa una clave preciosa para leer y ofrecer nuestras vidas a la situación que sufre la madre Tierra. El mismo documento del Sínodo



del Amazonas nos ofrece pistas muy concretas. No podemos ser comunidades que “balconean” ante la situación del planeta. Los carismas de la vida consagrada nos señalarán el camino.

Pero a la vez hemos de ser conscientes de que una parte de la vida religiosa se acomodó en posturas neoliberalistas, plegándose a ciertas ideas conservadoras en lo referente a la concepción de la Iglesia. Por eso, urge recuperar nuestras vidas como parábolas del seguimiento de Jesús, como propuestas de un modo alternativo en la relación con el planeta. Convirtamos nuestras vidas en vidas ecológicamente viables, “signos” de otra relación con la tierra.

Finalmente, quería preguntarle por la fraternidad universal

En una humanidad desgarrada urge un movimiento mundial de fraternidad entre los pueblos y con todos los seres del planeta. Nunca mejor que ahora para hacer memoria del Señor Jesús. Él ha entrado por su encarnación en la aventura humana, experimentando desde su nacimiento hasta su muerte en cruz las enemistades y odios entre los diferentes pueblos. Y aquí radica el secreto de nuestra fraternidad universal, pues con su muerte derribó los muros que hemos construido; y no solo eso, pues al enviarnos su Espíritu ha sembrado en la historia la metodología de la reconciliación.

Jesús nos entregó un camino para construir fraternidad. Por ello, lo primero que debemos hacer es desaprender las mentiras, las ideas equivocadas sobre nuestra visión de los pueblos del mundo. El ejercicio del desaprender es una tarea que hay que experimentar en lo más profundo de nuestros corazones. Desap-

render está dentro del proyecto del Evangelio cuando Jesús nos invita a la conversión.

Todo este asunto de la fraternidad y sororidad comienza en el corazón humano, lugar primero donde debe ponerse en práctica. Nuestros corazones son el primer campo de esta propuesta de la fraternidad, pues de allí es de donde brotan guerras, odios e incomprensiones.

Pero pienso que en América Latina nos queda todavía un largo camino para reconciliarnos con los pueblos indígenas y afroamericanos. Hay que pasar del predominio del poder a la ternura del corazón. Pasar de conciencias anestesiadas a conciencias cariñosas con el planeta y con los pueblos que habitan este atribulado mundo. Urge una nueva ética, una nueva mística, una manera nueva de rezar, una nueva manera de celebrar la eucaristía, un nuevo estilo de vida, una nueva mirada a nosotros mismos.

Es urgente una nueva imagen y una nueva experiencia de Dios. Se impone la lógica del crecimiento en ternura, en compasión, en solidaridad. El mundo necesita vidas alternativas. Pedro Casaldáliga lo dijo bellamente con estos versos:

Es tarde, pero es nuestra hora.

Es tarde, pero es todo el tiempo que tenemos para construir el futuro.

Es tarde, pero nosotros somos esa hora tardía.

Es tarde, pero es madrugada si insistimos un poco. 



Poner nombre a los migrantes

Silvia Rozas

HIJA DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

La Iglesia siempre ha estado y estará allí donde las necesidades de las personas desgarran la dignidad y llegan a unos extremos escandalosos. Para algunas instituciones como el JRS, nunca como hasta ahora ha sido tan urgente la necesidad de protección, sobre todo ante el desplazamiento forzoso de miles de personas que llevan en el exilio más de 10 años. Pero ahí está la Iglesia saliendo al paso desde la ayuda pequeña y silenciosa hasta el compromiso con proyectos más amplios. Todo es un granito de arena que impacta favorablemente en quienes buscan una vida más digna.

La situación de los migrantes en Europa, y más concretamente en España, es muy compleja, con factores y consecuencias encadenadas que precisan de respuestas estratégicas y organizadas también complejas. Y la Iglesia siempre está disponible, de manera eficaz, para salir al paso de cualquier crisis migratoria. Pero resulta preocupante escuchar mensajes de rechazo a los migrantes en el interior de nuestra Iglesia, en las salas de comunidad de nuestras congregaciones, como si se nos hubiera colado directamente un discurso que poco tiene de Evangelio. A veces se escuchan frases como “solo

traen violencia”, “deberían echarlos”, “ahora las ayudas solo son para los migrantes”, “se ayuda más a un migrante que a un español”...

El papa Francisco recordaba en septiembre, en la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2024, que todos nosotros, pueblo de Dios, somos migrantes en esta tierra, en camino hacia la “verdadera Patria”, el reino de los Cielos. Los migrantes son un ícono contemporáneo de este pueblo en camino, de la Iglesia en camino y, al mismo tiempo, es en ellos y en todos nuestros hermanos y hermanas vulnerables donde podemos encontrar al Señor que camina con nosotros.

Quizá sea preciso cambiar estos discursos, acercarse a un centro de acogida y poner nombre, rostro e historia a cada migrante. Salir de nosotros para encontrarnos con el dolor de quien deja su país experimentando que el Señor camina con ellos.

¿Qué decisiones tenemos que tomar cada uno personalmente para construir realmente un presente inclusivo y mejor para todos? ¿Qué compromiso puedo adquirir para acoger y acompañar como me pide la consagración al Señor? **W**



Nada nuevo bajo el sol naciente

Francisco Javier Baeza, CMF
MISIONERO EN TIMOR ORIENTAL

El 10 de septiembre, en la catedral de Dili (Timor Oriental), el papa Francisco se reunió con consagrados, laicos comprometidos y el clero. Tuve la satisfacción de estar presente. Su breve alocución en castellano fue salpicada de pequeñas improvisaciones que el traductor no consiguió verter en la lengua local al no figurar en el escrito preparado de antemano. Como entiendo perfecta-

mente ambos idiomas, me sentí un privilegiado al ser testigo de lo que el Papa, movido por el Espíritu, quiso transmitirnos a través de sus improvisaciones.

El tema general de su alocución, inspirado en Jn 12, 2-3, hacía referencia al buen olor, el perfume que caracteriza la madera del sándalo (por lo que fue conocida en otros tiempos la isla de Timor). El aroma

del sándalo es un símbolo de calma, espiritualidad y equilibrio. Su fragancia cálida y relajante lo convierte en un aliado en momentos de estrés, mientras que su historia espiritual lo conecta con lo divino. De la mano de san Pablo (2Cor 15,15) nos invitó a todos a ser perfume, aroma, fragancia de Cristo. Perfume que tenemos que saber *conservar y difundir*.

Conservar el buen olor, el don recibido, la unción. Custodiar con esmero el amor con que el Señor ha perfumado nuestra vida. No es un perfume para embellecernos, sino para ungir los pies de los “cristos” que nos encontramos en las periferias. Los marginados y los pobres son los que están en el centro del corazón de Cristo. Este pueblo timorense, esta Iglesia de la periferia, tiene que tenerlo muy en cuenta. Custodiar este buen olor saliendo a las periferias, sin acomodarse, sin quedarse estancado. Lo estancado se corrompe. Alejar el peligro que

apuntaba Henri de Lubac cuando hablaba de la mundanidad/vulgaridad espiritual.

Para ello debemos amar la historia plagada de esforzados misioneros y admirables catequistas, como el que nos dio su testimonio en ese encuentro. Y continuar profundizando en la doctrina de la Iglesia, inculturando la fe y transformando la cultura con la evangelización. Inculturar el Evangelio y evangelizar la cultura. Camino con y en doble sentido.

Difundir el dulce perfume de la vida, el aroma de Cristo. Y para ello, como cuenta la versión de Marcos 14,3, romper el frasco de alabastro, romper nuestro caparazón, lo que oprime e impide el darse del todo. La entrega generosa requiere radicalidad, rupturas.

Si vivimos así, ofreceremos un mensaje de reconciliación y paz, tan necesario tras penosos años de conflictos y guerras. Un mensaje de compasión ante la grave situación



de pobreza que sufre el pueblo. Un mensaje de justicia ante la abundante corrupción que se propaga en todos los estamentos (incluidos los eclesiales). Y, por último, un mensaje de dignificación ante todo lo que degrada y humilla, como el alcoholismo, la violencia y la falta de respeto a la mujer.

Y creatividad, mucha creatividad en esa labor, nos pidió el Papa.

A los sacerdotes nos pidió dos cosas más: que nos llamen “amu”, que significa “señor”, no debe despistarnos de nuestra labor de estar al servicio del pueblo. No olvidemos que venimos del pueblo y no caigamos en la tentación de la soberbia y del poder. Y resaltó la bonita costumbre de besar la mano consagrada del sacerdote y llevársela a la frente, lo que debe recordarnos que tenemos que ser siempre bendición para ellos.

En Timor Oriental, poseemos, además del sándalo, el perfume de Cristo. Confiemos en el que nos llama y nos envía a ser sal y luz, que siempre sabrá cuidarnos.

Pero lo que a mí me llamó más la atención fue lo que no estaba escrito, lo que improvisó saliéndose del guion y que tiene un significado contextualizado.

Comenzó con la broma de que el obispo tiene que hacer la catedral más grande, aludiendo a que muchos religiosos jóvenes (profesos temporales) quedaron fuera por falta de espacio e instando a que seamos agradecidos por la bendición que suponen las vocaciones.

Hizo alusión a la reina de Saba que llevó mucha madera de sándalo a Salomón (2Cro 9,11-12) lanzando la hipótesis de que la habría conseguido seguramente en Timor.

Al mencionar lo poco que se respeta a la mujer, movido por la expe-

riencia que terminaba de vivir en la casa cuna de acogida de niños con distintas discapacidades patrocinado por una asociación de mujeres laicas que entregan su vida a ello, resaltó la importancia de la mujer. En esa casa, que se organiza como una familia, los niños las llaman mamá (“ibu”). Instó a todas las mujeres a ser madres del pueblo de Dios. Son las que mejor representan a la Iglesia y las instó a “parir” comunidades.

Al referirse a los sacerdotes, hizo referencia a lo que su abuela le decía: la tentación del poder entra por el bolsillo, dejando claro que la erótica del poder y el dinero van de la mano. La referencia tiene que ser el cura pobre, que ama la pobreza como su esposa. Ni que decir tiene que ha detectado este problema en el clero local.

Rotundamente afirmó: “Jamás abusen del poder, jamás se aprovechen del estatus que el pueblo les concede”. Una velada referencia a los abusos en la Iglesia.

También nos dijo a todos: “Dejémonos acompañar por el Señor con espíritu de pobreza y servicio”. Dos aspectos pensados especialmente para los sacerdotes, pero que hizo extensivos a todos los presentes. Lo de dejarse acompañar es muy suyo.

Por último, para terminar, agradeció el testimonio de los sacerdotes y religiosas ancianos que ocupaban la primera fila, antes de saludarlos personalmente. Valorar su sabiduría y experiencia es importantísimo para un pueblo tan joven como el timorense. 



Misioneras claretianas: Un instituto nuevo en la práctica

MARÍA HORTENSIA MUÑOZ
MISIONERA CLARETIANA

Nuestra congregación se fragua en Tarragona, en la Compañía de María allá por 1842 y nace en Santiago de Cuba 27 de agosto de 1855. ¿Avatares de la Historia? ¡Proyecto de Dios!

M^a Antonia Paris y Riera posiblemente se educó en el colegio de la Compañía de María en Tarragona que estaba cerca de su hogar. Desde temprana edad sintió la llamada de Dios, pero no entró hasta el 23 de octubre de 1841 a la edad de 28 años, y tuvo que hacerlo en calidad de residente porque las leyes anticlericales de aquel momento prohibían el ingreso

de nuevas vocaciones. Le encargaron de alguna clase del colegio.

En este contexto, la vida de M^a Antonia discurrió entretejida con su experiencia¹ de Dios. Corrían tiempos difíciles para la vida religiosa. Estuvo nueve años como postulante en la Compañía de María.

En este tiempo el Señor concedió a Antonia una experiencia que marcó toda su existencia. Desde ella se iría configurando su vocación y misión en la Iglesia.

Sucedió en un contexto de oración, ofrecimiento y súplica. El Señor le hizo comprender el Evangelio. Fue

una experiencia singular. Cristo mismo, desde el árbol de la Cruz, graba el Evangelio en su corazón. Fue una experiencia vivida más allá de la sensibilidad, en el espíritu. “Sin imagen, ni libro, ni letras...” imprimiéndose esta ley nueva, el Evangelio, en su corazón.

Descubrió que los males que sufría la Iglesia no solo venían de fuera, sino que surgía desde dentro. Era la falta de vivencia del Evangelio el mayor mal que atravesaba la Iglesia y era necesaria la conversión, especialmente de los consagrados. Se sintió llamada a fundar un nuevo instituto “no nuevo en la doctrina, sino en la práctica”.

Esta experiencia le dejó una profunda intimidad con el Señor, un gran amor a la pobreza evangélica, una gran humildad y reconocimiento de su pequeñez ante obra tan grande.

En esta aventura no iba a estar sola. El Señor le hizo entender que sería el P. Antonio María Claret quien le ayudaría en la fundación. No lo conocía todavía, pero se le manifestó como “el hombre apostólico que la Iglesia necesitaba para predicar el Evangelio”.

Como sucede en los relatos vocacionales bíblicos, Claret es el signo que se le da a María Antonia de que aquello que se le pide se llevará a cabo. Y no fue algo puntual, sino que el tiempo y nuevas experiencias lo fueron confirmando: “Nuestro Señor me dijo: el P. Claret te dará la mano para formar las primeras casas de la Orden”². Antes de partir para Cuba, nombrado ya arzobispo, tuvieron una breve entrevista. Él le dijo que “no dudase que la obra se haría”³.

En esta situación, llegó el permiso real para profesar en la Compañía de María. ¿Qué hacer? En la *Autobiografía*⁴ expresa sus dudas interiores,

sus angustias, el temor de dejarse engañar por el mal espíritu. El discernimiento fue largo y doloroso, pero con la determinación profunda de responder a Dios. Finalmente, y en diálogo con sus acompañantes, decidió salir. Le siguió Florentina Sangler, movida por esta nueva Orden.

Se quedaron a vivir un tiempo en Tarragona. Se les unieron tres jóvenes. Las cinco hicieron el voto de no separarse en la capilla de la Virgen del Claustro de la catedral de Tarragona. El 15 de agosto de 1851 fue el comienzo de aquella orden nueva que años atrás el Señor le había pedido. Contenía en germen su más íntima esencia: la consagración religiosa, la unidad y la misión. “Reuní a las jóvenes que había admitido, ofreciéndonos a Dios con voto de atravesar los mares e ir a cualquier parte del mundo sin hacer división entre nosotras, todo por amor de Nuestro Señor Jesucristo...”⁵. Consideramos esta fecha como la fundación carismática de la congregación.

M^a Antonia evoca en su autobiografía que el P. Claret envió desde Cuba el 25 de marzo una carta que se ha perdido o que no se la dirigió a ella, sino a Caixal, “diciendo que ya podíamos ir... seríamos muy bien recibidas, que, aun por de pronto él no podía fundarnos monasterio, pero que trabajando podríamos comer, y que Él nos prometía su protección, cierto de que cuanto hiciéramos sería del agrado de Dios”⁶.

Se embarcaron hacia Cuba. Ella afrontó el viaje con valentía, pues “por más dificultades que presentaba un viaje tan espantoso para una mujer nada me arredró, fiada siempre en la gracia de Dios que todo lo puede”⁷.

La congregación nació en Santiago de Cuba en una situación que no

contemplaba el derecho canónico de la época: conventos independientes de clausura, al mismo tiempo con un carisma evangelizador y una “madre primera”, signo de unidad y comunión; todos los conventos debían formar una sola familia con plena y absoluta unidad y solidaridad en todo. Esto causó muchos problemas para la aprobación.

Claret les ayudó y, aunque en algunos momentos no estaban de acuerdo, el contraste y la confrontación entre ambos hicieron que fuera apareciendo la luz. Y así el 25 de agosto de 1855 el arzobispo Claret firmó el Decreto de fundación y el 27 de agosto, en sus manos, profesó M^a Antonia, primer miembro de la “orden nueva en la práctica”.

A la muerte de los fundadores, la independencia de los conventos influyó en su empobrecimiento por falta de comunicación y comunión entre ellos.

El año 1920 marcó un punto de inflexión en el que nos ayudaron mucho nuestros hermanos los misioneros claretianos. De una manera especial el P. Felipe Maroto, superior general, trabajó para que se realizara el sueño de nuestros fundadores respondiendo a las circunstancias eclesiales: dejar de ser conventos independientes, de votos solemnes, y pasar a ser un instituto centralizado de votos simples con un gobierno general, signo de unidad y comunión en todo el instituto.

Con el Vaticano II y con el anuncio del capítulo especial para 1969, se dio comienzo a un largo y fecundo proceso de preparación que culminó con la realización del Capítulo. Bajo el impulso del Espíritu y la llamada conciliar, volvimos a nuestros orígenes, se definió el carisma, se inició la revisión de las *Constituciones* y la

adaptación de la congregación a los nuevos tiempos. Vivimos un proceso de expansión misionera: América, África, Asia, Europa...

En continuo proceso de renovación y restructuración misionera, la congregación, presente en cuatro continentes, ha ido tomando un nuevo “color”, abrazando nuevas culturas que se enriquecen mutuamente.

Conscientes de los grandes desafíos de nuestro mundo, soñamos con responder a ellos desde la sencillez y la esperanza. Anunciando el Evangelio que puede dar sentido a tantas personas que no encuentran luz para sus vidas, a tanto sufrimiento.

Nuestra pobreza, limitaciones y disminución son una oportunidad de búsqueda y de ensayo de nuevas experiencias. Queremos vivir de un modo más sencillo, menos estructurado, más cerca de la realidad, cuidando y acogiendo a tantos hermanos nuestros que sufren.

En el Capítulo General de 2017 se redefinió la misión, visión y valores que reflejan quiénes somos, dónde vamos y con qué estilo carismático afrontamos el camino.

Nuestra misión: vivir y anunciar con gozo la Buena Nueva de Jesús buscando el reino de Dios y su justicia. Contribuir a la renovación de la Iglesia en fraternidad y pobreza evangélica.

Somos continuadoras de la visión que urgía a S. Antonio M^a Claret y a la Venerable M^a Antonia París. 

1 Aut. MP, 2-11. Escritos pp. 56-61.

2 Aut. MP, 36-37. Escritos, p. 74.

3 Aut. MP, 95. Escritos, p. 102.

4 Cf. Aut. MP, 94-107. Escritos, pp. 101-108.

5 Aut. MP, 121. Escritos, p. 112.

6 Aut. MP, 126. Escritos, p. 114.

7 Aut. MP, 127. Escritos, p. 115.



«Fui forastero y me acogisteis»

La crisis migratoria supone uno de los principales retos humanitarios de nuestra época. Los acontecimientos recientes, las palabras de muchos miembros de la Iglesia y la Jornada Mundial del Migrante y Refugiado nos invitan a reflexionar para dar una respuesta desde la vida consagrada.

Juan de Dios Carretero, ss.cc

Según la Organización Mundial para las Migraciones (OIM), en 2020 la cifra de migrantes en el mundo ascendía a 281 millones de personas, lo que aproximadamente equivale a 1 de cada 30 personas de la población mundial. Al término de 2023 había 43,4 millones de refugiados en el planeta, según ACNUR, más del doble que hace tan solo una década. Desgraciadamente, a estos datos habría que añadir los miles de vidas que se pierden por el camino.

En estos últimos meses la crisis migratoria ha sido uno de los términos más repetidos en los boletines de noticias. La multitud de cayucos llegados a las costas de Europa procedentes del norte de África hacen imposible seguir mirando de lado un drama humanitario que lleva años acompañándonos, pero que Occidente había relegado a un segundo plano.

”

Dios camina junto con los migrantes de hoy, y a través de ellos nos invita a encontrarnos en Él

Los países que reciben migrantes se ven obligados a dar una respuesta más adecuada a esta situación, pero el auge de la migración no llega en el momento de mayor hospitalidad. El crecimiento de las políticas de rechazo hacia los migrantes, quizás favorecidas por el fracaso de la convivencia entre culturas especialmente en las grandes capitales europeas, crea un clima de odio que difícilmente podrá dar una solución humana a esta problemática. Incluso desde los

púlpitos se han lanzado mensajes que cuestionan la igual dignidad de las personas migrantes. Sin embargo, la Iglesia se mantiene bastante firme en su postura respecto de la migración, más allá del miedo o la ira que empañan las reflexiones actuales sobre esta cuestión.

El pasado 29 de septiembre se celebró la 110ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, por lo que parece que no se trata de una situación novedosa. El mensaje de convocatoria firmado por Francisco se titulaba “Dios camina con su pueblo”. Al igual que al pueblo hebreo en su paso por el desierto, Dios camina junto con los migrantes de hoy, y a través de ellos nos invita a encontrarnos con Él. Francisco nos recuerda la tragedia que supone que muchos mares y desiertos de nuestro mundo sean un gran cementerio de migrantes, y señala a aquellos que les rechazan o se aprovechan de su situación recordando las palabras de Ex 22,20: “No maltratarás ni oprimirás al emigrante”¹. Toda aproximación desde una mirada cristiana a la compleja realidad de la migración debe partir de la “dignidad infinita que le corresponde a toda persona humana, más allá de toda circunstancia y en cualquier estado o situación en que se encuentre” (*Dignitas Infinita*, 1).

Desde esa perspectiva, podemos defender que construir muros más altos, concertinas más afiladas o dejarles morir en el mar, no nos hace menos responsables de las vidas de nuestros hermanos migrantes, simplemente es una estrategia que pretende mantenernos en nuestra burbuja de indiferencia, la cual va mostrando su ineficacia. La dignidad de los migrantes nos obliga a denunciar toda instrumentalización que se haga de ellos, tanto los políticos que

utilizan la crisis migratoria para obtener votos, como las mafias que se aprovechan económicamente de su frágil situación.

”

Si somos capaces de otorgarles dignidad, el miedo a lo diferente podrá ser superado

El modo de abordar esta situación a nivel individual e institucional depende en último término de la capacidad para vincularnos con la suerte de los migrantes, y esto a

su vez se apoya en la consideración que tengamos de ellos. ¿Son hermanos o desconocidos? ¿Son uno de los nuestros o de los otros? Si somos capaces de otorgarles la dignidad que les corresponde, el miedo a lo diferente podrá ser superado. Si no los consideramos como iguales, entonces será muy difícil dejar de ver al migrante como una amenaza contra mi estilo de vida, cómodo, seguro y conocido.

La situación migratoria nos devuelve una vez más la fragilidad de la política internacional, y las dificultades para crear proyectos en común. La realidad de tantas personas que deben huir de sus países responde a muchas situaciones de una desastrosa gestión a nivel local, pero también a la indiferencia y explotación



por parte de los países más desarrollados. Quizás sea una oportunidad para establecer proyectos de crecimiento en común, para lograr el importante derecho a no emigrar, en el que también insiste reiteradamente Francisco (*Fratelli tutti*, 38).

Por supuesto, la situación migratoria supone un importante desafío también para la vida consagrada, porque constituye uno de los ámbitos de injusticia social más globales de nuestro tiempo. En pocos lugares donde la vida religiosa esté presente podemos decir que no conocemos situaciones en las que la dignidad de estas personas no se vea amenazada o herida.

En primer lugar, como consagrados podemos responder a esta injusticia con nuestras palabras, lo que ya supone un fuerte testimonio en tiempos donde los discursos mayoritariamente buscan generar división, rechazo y odio. Saber aportar matices a la discusión y, sobre todo, defender que compartimos la misma condición de hijos creados y amados por Dios, constituye un fuerte testimonio.

Muchas congregaciones estamos insertas en procesos de reestructuración y conversión pastoral y misionera. Quizás este ámbito pueda ser un nuevo campo de misión para muchas de nuestras comunidades, y una oportunidad de colaborar con otros muchos que ya tienen una gran experiencia en el trabajo con los migrantes. Otra opción es la acogida en nuestras propias casas, en las que tantas veces sobra espacio, lo que nos permite implicarnos con personas concretas en gran profundidad. En cualquier caso, Dios nos llama tener el valor de enfrentar una situación que genera sufrimiento en muchos hermanos, y a responder con nuestra vida para testimoniar el amor de Cristo a todos los hombres y mujeres de nuestro mundo. **VI**

1 Audiencia General del 28 de agosto de 2024.

”

Conviene preguntarnos qué podemos hacer para dar respuesta al desafío de la migración

Ahora bien, si tan solo nos quedamos en las palabras, nuestro testimonio sería contraproducente. Conviene preguntarnos qué podemos hacer como consagrados para dar una respuesta, por pequeña que sea, al desafío de la migración.



Curar la «sordera espiritual» a través de la literatura

Paulson Veliyanoor, CMF

DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

A lo largo de los años, me he dado cuenta de la falta de familiaridad de los jóvenes religiosos con la literatura clásica. Recientemente, dirigiéndome a un grupo de formadores, se me hizo evidente que incluso los formadores carecen de dicha familiaridad. Así pues, esta carencia debe ser “hereditaria”: ¡la transmitimos de generación en generación! Quizá esta carencia tenga algo que ver con el aparente deterioro del rigor intelectual y el amor por el aprendizaje entre los jóvenes religiosos. No estoy seguro de si es la causa o el efecto. Tal vez mi observación esté teñida por el sesgo general de considerar a la propia generación como mejor que las generaciones anteriores y posteriores a la propia. Sin embargo, incluso después de hacer concesiones a tal sesgo, supongo que hay algo de verdad en ella. Existe una creciente aversión a la lectura.

Y parece que estoy en buena compañía, ¡pues el papa Francisco también parece pensar así! Me encantó leer la carta de Su Santidad del 17 de julio sobre el “Papel de la literatura en la formación”, en la que destaca muy especialmente la necesidad de integrar el estudio de novelas clásicas y poemas en el programa de formación. Quiso destacar “la importancia que tiene la lectura de novelas y poemas en el camino de la maduración

personal” (nº 1). Para él, “la literatura tiene que ver, de un modo u otro, con lo que cada uno de nosotros busca en la vida, ya que entra en íntima relación con nuestra existencia concreta, con sus tensiones esenciales, su deseos y significados” (nº 6). Leer novelas y poemas agudiza nuestra capacidad para escuchar la voz del otro y entrar en su mundo. En otras palabras, es una educación en la empatía, una virtud necesaria para un religioso. Nos cura de nuestra sordera “espiritual” (nº 20). Además, leer literatura desarrolla nuestra imaginación y creatividad y mejora nuestra perspicacia intelectual (cf. nº 16). Y, por si fuera poco, dicha lectura se convierte en un “ejercicio de discernimiento” (nº 26), uno de los requisitos cardinales para cualquier religioso.

La carta del Papa recuerda las palabras de Mario Vargas Llosa: “Estoy convencido de que una sociedad sin literatura, o una sociedad en la que la literatura ha sido relegada [...] es una sociedad condenada a la barbarie espiritual”. Espero y rezo para que los líderes de las congregaciones y los formadores hagan caso a la invitación pontificia e incluyan el estudio de los clásicos como parte integral del protocolo de formación. *Y usted, lector mío: ¿qué novela va a leer este mes?* **W**



El árbol de la ciencia. Dios y/o Galileo

Rino Fisichella

288 PÁGS.

SAN PABLO, Madrid 2024

La editorial San Pablo ha publicado la versión castellana de la obra *L'albero della scienza. Dio e/o Galileo*, escrita originalmente en italiano por el arzobispo Rino Fisichella, que fue durante años profesor de Teología Fundamental en la Universidad Gregoriana de Roma y ha ocupado diversos cargos en la Curia romana. Autor de numerosas obras de teología, es un experto conocedor del pensamiento de Hans Urs von Balthasar.

En esta obra analiza el problema clásico de la relación entre la ciencia y la fe. Comienza preguntándose si la cuestión “Dios” sigue siendo actual, para concluir que hoy tendríamos que hablar de Dios, sobre todo, como “sentido de la vida”. Examina a continuación el estado actual de la ciencia. Frente a la fragmentación de los saberes científicos, reivindica la necesidad de la unidad. Pasa después revista al concepto de religión. Consciente de las dificultades que entraña una definición que sea omnicomprendible, apuesta por definir la religión como “la relación que orienta al hombre con Dios”, lo cual implica que el hombre no se aliena cuando se relaciona con Dios y que el dios con el que entra en relación es verdaderamente Dios.

Se detiene luego a esbozar la figura de Galileo, al que considera liquidador de la filosofía de la naturaleza tal como la entendía Aristóteles e iniciador de una nueva visión del mundo, de la naturaleza y del hombre. De un universo cerrado se pasa a un universo infinito del que ya no podemos concebir un centro.

Quizás el capítulo más novedoso del libro sea el dedicado al universo y la Inteligencia Artificial (IA). Estamos al comienzo de otra revolución que tendrá enormes consecuencias en la vida de las personas. Como todo nuevo fenómeno científico, suscita entusiasmo, escepticismo e incluso temor y miedo.

Fisichella analiza algunos de sus logros y límites. Con abundantes citas del papa Francisco, ofrece algunos criterios éticos para afrontar esta revolución científica que no ha hecho más que empezar. El libro termina abordando la siempre controvertida relación entre fe y ciencia, el problema de la creación y la novedad cristiana de presentar a Dios como Padre.

El lector puede tener la impresión de que se acumulan demasiados asuntos de gran envergadura, pero todos ellos están hilados por una convicción que podría resumirse así: la ciencia descubre, la tecnología inventa y la fe ofrece el sentido último desde la experiencia de Dios Amor.

Gonzalo Fernández Sanz, cmf.

Iluminando el camino: Aprendizajes y pistas en la prevención del abuso eclesial

María Prieto Ursúa - Valeska Ferrer Usó
Virginia Cagigal de Gregorio



La **violencia**, en un contexto de **confianza**, amplifica su impacto. Especialmente cuando proviene de **figuras de autoridad**.

Este monográfico revisa la realidad de los **abusos en la Iglesia** aproximándose, en primer lugar, a **entender el abuso** y, en segundo lugar, estableciendo **sistemas de apoyo**.

AULA DE LA VIDA CONSAGRADA

Curso sistemático de formación permanente

CURSO 2024 – 2025

RAICES y ALAS



Matrícula: curso completo o módulos a elegir



Núcleos de la Vida Consagrada (Martes)

Sueños de la Vida Consagrada (Miércoles)



Información e inscripciones: C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo. | 28008 Madrid

+34 91 540 12 73 | whatsapp +34 626 278 077 | secretaria@itvr.org | itvr.org